

mos rodeados de doncellas que nos miran golosamente y nos saborean de igual modo...

Sabemos muy poco de alemán; pero nos batimos heroicamente brindándoles a cada una, la más alta y noble de las galanterías alemanas: *süsses Fräulein!*... *mein süsser Schatz!* Dulce señorita...! dulce tesoro!...

Hay que saber, oh buenos y amables lectores, que aquí en Hamburgo, la más fina de las galanterías, la flor de ellas, se compone con el *süss* —dulce— *Süsse Frau* (dulce señora) *Süsses Fräulein* (dulce señorita y para llegar al *sumum*, suelen decir: *Mein süsser Schatz* (dulce tesoro).

Mientras navegamos, repartimos a trochemoche: *süsses Fräulein!*... *Süsser Schatz* y endulzando estas frases, más que con el *süss* alemán con amables sonrisillas y miradas de sabor de inocencia picaresca, desconocidas por completo de estos señores y señoritos y señorones, estamos a punto de que estas chicas o nos rapten con violencias o con ardidés o se arrojen en el AussenAlster, soliviantadas por un romanticismo más allá de clásico...

Aquí en Alemania; mejor dicho en Hamburgo —pues no conocemos aún el resto del país teutón— los caballeros no saben galantear a nuestro modo; aquí se sienta una pareja en torno de una mesa, en un café; el caballero pide cerveza, le viene un vaso de tres litros o cosa así, la señorita pide también cerveza; el primero no pierde tiempo en vanas palabrerías, pues le falta para saborear su vaso de cerveza, de tres litros, de un trago... ¡qué resuello!... tras del primer vaso viene el segundo; tras de éste, el tercero... hasta que la rubia del vaso le amodorra y adormita, sin que la rubia de carne y hueso, haya oído más sonidos que los del og, oog de la garganta-tubo, al permitir que bajen por este aparato, al tonel del vientre, litros y litros de cerveza...

El galán le dice en veces, a la chica: *Süsser Schatz* —dos palabras que abren de par en par, las puertas del corazón...

Y si el galán es pelinegro, las tiene abiertas, antes de decirlas... con sola una guiñada.

Estamos en AlteRabenStr, salimos como disparados del vapor y vagamos por estas orillas, solos, completamente solos, pa-

XXVI

HAMBURGO

*La libertad del beso.—La belleza mujeril.—Rubias que lloran
por un negro.—Miserias del contraste.*

Las tendencias de los pueblos forman las costumbres, las costumbres fundan los hábitos y los hábitos, la moral.

Lo que en el Ecuador daría margen para una solemne y soberana paliza, aquí, no llama la atención, sino de los extranjeros asustadizos de la América latina...

El beso en estas calles, el beso en estos pascos, el beso en estos cafés, el beso en estas plazas, el beso en todas partes; no preocupa en Hamburgo, a nadie.

El galán enarca el brazo izquierdo; la dama da de nuca en el arco amoroso, los labios entreabiertos y los ojos semicerrados; galán y dama encuadernan las bocas y se engendra el beso largo y repleto de estallidos...

El alemán no ve o como si no viera, son cosas sin importancia... es indiferente el beso, bien o mal visto, según el lugar en que se vive... aquí es libre el beso; nadie se preocupa de él ni mucho ni poco.

La simpleza dulce de besarse, es algo inocente, cosa de niños, en los lugares más públicos de esta ciudad de la cerveza, del cigarro y del café.

A nadie causa escozor, en esta enorme sala —estamos en Hauptbahnhof— el éxtasis del beso... aquí se besa una pareja; allí otra; allá esotra... ¡Cáspita, qué de besarse de esta gente!... nadie se preocupa, ni la policía!...

Estas chicas, así como se besan con sus galanes, así ríen libremente... ríen a carcajada limpia y sonora... estas carcajadas nos turban la digestión y nos aturden... ¡qué diantres!

Las mujeres aquí, ríen con todo el cuerpo hermoso: para soltar la carcajada, se inclinan hacia atrás, doblando las piernas

como que fueran a ponerse en cuclillas; alargan los brazos y rompen a reír a gritos...

Hay en el litoral del Ecuador, un ave que da perfecta idea de la mujer alemana, en el instante de reír: el *Negrotilingo*. Cuando este hermoso pájaro quiere soltar el chorro del canto; se pone de cuclillas, tiende hacia atrás las alas y canta estrepitosamente...

Y ya que de mujeres alemanas hablamos, séanos permitido manifestar que estas rubias de carnes frescas y abundantes, de ojos azules, escasos de fulgor, de mejillas de grana y tez de porcelana, son de belleza acabada... en la garganta de los pies...

Si alguien las ha dicho, tomamos para nosotros estas frases de galantería; si nadie las ha dicho las decimos nosotros:

Oh Dios que hiciste el pie alado y menudo de la limeña; oh Dios que diste a la quiteña un piececito tan delicado y diminuto, capaz de que cupiera en el rosado hueco de la manecilla de un ángel, ¿por qué privaste a la mujer alemana, de prenda tan principal?

Hay que contemplar la belleza de estas románticas mujeres, de arriba abajo; es decir: desde la cabeza hasta la garganta de los pies; al contrario de lo que pasa, con la quiteña, por ejemplo, cuya belleza se admira de los pies a la cabeza...

Todo en la alemana es hermoso, todo es pulido en ella, todo es pulcramente aristocrático; menos los pies.

Creímos que Heine había traspasado la hipérbole, cuando dijo que no conocía papel suficientemente grande para sacar molde al natural, del pie de la alemana...

Fuera de bases tan inarmónicas, ¡qué gentil es la alemana!: todo en ella es al natural: ni polvos, ni muda en el rostro, ni lunares de tafetán; nada postizo...

Aunque el arco de las caderas, revela mucha carne en ellas, es romántica la alemana, en grado superlativo...

La alemana tiene tal predilección por los cabellos negros, por el cutis negro, que daría el alma al diablo, por la persona que los gasta.

Nos hallamos en el amplio salón de la Estación Central; hace alto un tren que llega no sabemos de dónde; salta un ne-

gro retinto, de esos de hollín y tinta china, trajeado todo él, de blanco: de calzado a sombrero, todo es blanco: hay en él un contraste que llama la atención.

Dos lindas rubias le salen al encuentro y le extienden la mano, con la cordialidad de antiguas camaradas: otras dos se le acercan, con la sonrisa en los labios; tras ellas, cuatro... el gallinazo está cercado de muchachas rubias bellísimas, que le hablan poniéndole rostro risueño y miel en las palabras... las amigas improvisadas del negro, discuten entre sí, con grandes aspavientos de ira, acaso y sin acaso, disputándose el corazón del hombre de brea y alquitrán... éste las pone en paz: el negro le da un brazo a una y otro a la otra y se abre paso: ¡qué felicidad la de las que van de bracero con el horangután!... las otras, palabra de caballero, quedan hechas un mar de lágrimas; pero enviándole, para consolarse, besos volados, atropelladamente, unos tras otros, al mortal feliz... ¡qué suerte tan envidiable la de los negros en Alemania!...

Hablamos con una adorable chiquilla, y le preguntamos, ¿con quién se casaría usted con mayor gusto, con un joven elegante de cabellos de oro, de ojos azules, de cutis de leche que exhale olor de nardos o con un negro de juanetes torcidos, de nariz achatada, de frente deprimida, trompudo y de cabeza en-sortijada y cerdosa, de epidermis que despide olor punjente, y nos contesta, al instante, sin vacilaciones, con el negro... ¡qué asco!... los alemanes acaso no conciben la belleza sino en la total negación del color blanco... ¡miserias del contraste!

¡Tanto más negra, más hermosa, más bella la persona!

En el *Carl Hagenbeck's Tierpark*, al que el dueño suele traer las cosas más raras del mundo, está una falange de negros de no sabemos qué apartada región del globo: ¡qué negros!!...

Nada de narices aplastadas; nada de bocas como hocicos; nada de patas de animal... de facciones y porte gallardos... sólo son negros; pero negros finos, la novedad de Hamburgo...

Estos renegridos habrían sido el tipo de la belleza varonil, en siendo blancos; pero su negra condición es la codiciada novedad y algo más, en esta ciudad tan querendona de los negros.

El *Carl Hagenbeck's Tierpark* se ve que está invadido de princesas, duquesas, marquesas, de toda la nobleza femenina de

la sangre, que acude en tropel a ver a los negros, a hablar con ellos, a tomarlos del brazo, para pasear por avenidas y terrazas... los autos trillan las calles de los alrededores del Parque, durante las noches, pues las caprichosas mujeres quieren ver de noche a los negros... ¿ver solamente?; poca cosa... el dueño del renombrado Parque amonesta enérgicamente a las curiosas, amenazándolas que pondrá las cosas en claro... para contenerlas en los linderos del buen juicio y a los negros, en el Parque, de otra suerte, acabado el negocio de curiosidad, con el raptó de los negros...

XXVII

HAMBURGO

*El café del Ecuador.—Cafés.—Hamburgo es un montuvio.—
Jardín des Fleurs.—El Herr Kapellmeister, loco del compás.*

Sin pecar de exagerados, podemos asegurar que Hamburgo todo es un enorme Café: tal es el número desparramado de Cafés, en la ciudad; no sólo en cada barrio; no sólo en cada calle, no sólo en cada plaza: los hay casi en cada casa.

En estos establecimientos se consume de preferencia, “el licor negro de los sueños blancos”, chocolate, cigarros y cigarrillos.

Pero ¡qué bebida tan infernal ésta que se sirve en estos elegantes y pulcros salones, con el nombre de café: infusión de cebada carbonizada o de achicoria!

De café no tiene esta bebida, sino el pomposo nombre.

A los del Ecuador, en donde la negra y deliciosa esencia despide una fragancia afrodisíaca, que hace agua la boca; a los del Ecuador, en donde se paladea con fruición la bebida negra de aromas exquisitos, engendradora de alegrías y de sueños multicolores; repugna esta agua sucia, profanadora del nombre de café... ¡qué asco!

Y se toma café y se fuma, que es una bendición de Lutero... los salones, los gabinetes reservados, las galerías y pasillos, todo está lleno de humo, en estos establecimientos: ¡qué fumar y más fumar!

Parece que aquí con tomar café y fumar, está hecho todo... no hablamos de la cerveza que se bebe por litros, de un sorbo, porque la cerveza es parte integrante de la vida de los alemanes...

Se toma café, se toma café y se fuma y se fuma... he ahí el almuerzo de estos buenos rubios, con perdón de las salchichas que siempre son de Francfort, del *choucroute*, de las patatas y... del pavo los domingos...

En viendo como se fuma y como se toma café, nos hemos dicho: Hamburgo es un *montuvio*.

Hay en nuestro espléndido Ecuador, unos de sus hijos habitadores de las aldeas y caseríos del litoral, monteses, mejor dicho, a quienes se les llama *montuvios*. Estos, con tomar café y fumar cigarros, tienen todo.

No les falta el cigarro de la boca, ni el café: con café por la mañana, al medio día y por la noche y cigarro siempre, aunque no almuercen, ni merienden nuestros infelices proletarios de la selva.

Lo mismo aquí: con tomar café o sea ollín aguado y con fumar; aunque no se almuerce ni se meriende, por esta similitud hemos exclamado: ¡Hamburgo es un *montuvio*!

Y son tan gordos, tan kolosales, estos señores... ¡poder de las patatas y de la cerveza!!...

Caballeros bien trajeados a la inglesa, de insolentes bigotes a lo *Kaiser*, caballeros de bigotes recortados al ras de la línea del labio superior, jóvenes que, a este recorte —blasfemia de la estética— añaden la rasura de las guías, hasta reducir el bigote, a unas motas de pelo enfrente a las ventanas de la nariz, caballeros de cabellos dorados, bien asentados en dos alas, raya al medio, con traje de civiles, caballeros de atrevido casco prusiano, palas, oros y entorchados, todos, todos acuden a estos puntos de reunión y de solaz, con ancianas, viejas, jamonas, chiquillas y lindas jovencitas, a tomar café y divertirse, a oír música y divertirse, a fumar y divertirse...

Visitamos cuántos Cáfes podemos; pero los de nuestra especial predilección, por los encantos que ofrecen, son el *Alsterpavillon*, de la ribera del BinnenAlster, en el Viejo Sendero de las Doncellas —*Alterjungfernstieg*— y el sugestivo *Jardin des Fleurs*, en *NeurWall*, el primero, por las cadencias de las olas del sonriente lago, el segundo, por las dulces, emocionantes olas de música de orquesta...

Vemos el reloj —las cinco de la tarde— al pintoresco *Jardin des Fleurs*.

Estamos en sus puertas: este elegante *Ober* —superior— nos saluda a la militar, nos franquea la puerta y nos extiende la mano abierta, dispuesta a las caricias de la propina... le ponemos

un marco en ella... escuchamos algo como un rugido de alegría, semejante al que han de lanzar al apoderarse de una trinchera... *ein Mark!!*... ¡un marco por un saludo!, cosa desusada... entramos al primer salón; está repleto: muchachos apuestos y muchachas lindas ocupan todos los asientos... nos salimos de los dominios de la verdad, casi, casi no hay jóvenes; abundan viejas de toca, graves y elegantes...

Seguimos el camino del centro del salón, buscando sitio para nuestra humanidad, guiados por las sonoridades de un violín que derrama armonías a torrentes... estamos al fin del salón, desde donde vemos que hay abajo otro tan amplio y lujoso como el en que nos encontramos: tiene al medio la orquesta y cientos de parroquianos en torno de ella; bajamos, una rubia nos guía por un vericuetto, para darnos asiento... ajá, ya lo tenemos... como es necesario pedir algo, para sufragar por el negocio, pedimos café... suenan con más unción los instrumentos; las miradas, especialmente de las mujeres, están clavadas en la orquesta; la música llega al delirio y agoniza en breve y muere dulcemente; rompe la sala en salvas de aplausos, pide el *bis*... empieza de nuevo el lirismo apasionado de los instrumentos; hay una especie de religiosa audición; el violín hace prodigios, el demonio del violinista mueve con gallardía el arco y arranca notas de suprema inspiración; mueve la cabeza, da el compás con los pies, se sale del radio de la orquesta, se pone junto a esa judía de veinte años, que está en la mesita inmediata, se inclina al oído de ella y le dice con la voz temblorosa del instrumento divino, una queja, una galantería, una cita amorosa, no sabemos qué; pero le dice algo milagroso que debe entender el alma de ella, algo que le transporta, en medio del entusiasmo y los aplausos de la sala delirante...

Ya que hablamos de este hombre que hace prodigios con el violín, ya que hablamos de orquesta y de compases, imposible no hablar del *Kapellmeister* —Director de Orquesta— personaje del cariño de las damas, imagen del compás desesperado...

Muchos van al Café, acaso no tanto por deleitarse con la música; por gozar de los gestos, contorsiones, patadas, y gesticulaciones del *Kapellmeister* en movimientos rítmicos, torciendo los labios, mostrando los dientes, sacudiendo la melena, extendiendo

las piernas, sacudiendo los brazos, pateando fuertemente, inclinándose de un lado, torciéndose del ótro, arrodillándose, poniéndose en cuclillas, dando puñetes en el aire, mesándose el cabello, rugiendo guturalmente... es el loco del compás, la vibración de todos los instrumentos, el amor de las mujeres, la alegría de la sala que grita entusiasmada, al término de tanta mímica grotesca: *¡bis, bis!*...

Suena de nuevo la orquesta, se repiten las payasadas del *Kapellmeister* vibrador; la música agoniza, se apaga lentamente... hay aplausos prolongados, suspiros de amor para este pobre loco del sonido que, extenuado de fatiga, abre la boca para que le entre aire que respirar, se limpia el sudor y toma asiento en una de las tantas mesitas de donde se le llama, para darle dinero o bebidas confortantes, mientras se le dice tal cual palabra de adulación o de galantería, por las chicas que viven ardentemente enamoradas de este poseso del ritmo, llamado *Kapellmeister*...

XXVIII

HAMBURGO

La piedad del alma latina.—Rigidez del Schaffner.—Desprendimiento que produce risa.—Para eso hay Beneficencia.—Aquí no hay mendicidad.—El español y el suramericano dan limosna.

El noble sentimiento de piedad, que florece en el alma latina, es desconocido en el corazón de los teutones, por lo menos a nuestra manera...

Si vemos los que no somos de esta raza y de esta sangre, un ser que llora, lloramos con él; si vemos a una persona que se encuentra en necesidades, le allanamos el camino, suspirando de satisfacción de practicar el bien; si nuestro pan es necesario para la alegre hartura ajena, nuestro pan le damos... aquí, ¡no!, aquí la piedad, este santo amor al género humano, arranca risotadas... ¿qué corazón tendrán?...

Cae nieve abundante en la ciudad, en blancos y esponjados copos; sopla un cierzo que muerde las carnes y taladra los huesos, los árboles de la calle, absolutamente desnudos de hojas, alzan, al inclemente espacio, el negruzco ramaje, en cuyos troncos se alberga la deleznable nieve; toda la gente se halla en la dura labor de amontonarla; cuadrillas de trabajadores limpian los rieles; el carro eléctrico se desliza penosamente sobre ellos: adentro del eléctrico hay un calorcillo muy sabroso —dos grados bajo cero— junto a nosotros viaja una mujer de setenta años, proletaria por su traje... se acerca el *Schaffner* (conductor) a pedir la boleta de pasaje a los viajeros, le mostramos la nuestra —somos saludados militarmente, por los diez *Pfennig* de propina que le ponemos en la helada mano; le pide a la anciana, la suya; se la alarga, mas no la boleta de conexión; el *Schaffner* le exige el valor del pasaje... oímos: *Mein Herr Schaffner ich*

habe kein Gel... el conductor para el tranvía y exige bruscamente bajar a la anciana... afuera silva el viento helado y matador: la nieve cae amenazante... la anciana ruega al Schaffner que le deje avanzar a la próxima estación; ruge éste guturalmente amenazando arrojarla a la nevada calle, si no baja de grado; se pone en pie la anciana, disponiéndose a dejar el vehículo; los pasajeros vuelven la indiferente mirada a la pareja; da la pobre anciana unos pasos en dirección a la puerta; la detenemos, diciendo tome usted asiento, señora, al mismo tiempo que ponemos en la mano del indolente conductor, diez centavos, por el precio del pasaje de la anciana y diez de propina; el conductor sonrío, nos saluda militarmente y se retira; los compañeros de viaje ríen a carcajadas y comentan despectivamente nuestra generosidad... ¿qué tal?... Llegamos a la estación final del viaje de la anciana; ésta abandona el asiento y el tranvía sin siquiera dirigirnos una mirada de gratitud, ni decirnos un vulgar *Dankeschön...* ¡no entienden ni los beneficiados, el valor del santo desprendimiento, en provecho del prójimo!...

Dejamos el auto en la desembocadura de *Schmilinkestrasse*, en *Ander Alster*, después de nuestro paseo favorito, por las riberas del lago encantador; caminamos calle arriba, y por allí, por la intersección con *Lange Reihe*, vemos muebles domésticos en confuso montón, y junto a ellos, a unos muchachitos que, por su porte y por su traje, son gente plebeya, y entre ellos, una mujer —¿la madre?— da gritos descompasados; extiende los brazos al cielo, enlazados los dedos de las manos, entre sí, sollozando de tal suerte, que nos parte el alma; tal cual persona se detiene para contemplar el cuadro; nos detenemos también... es un lanzamiento por falta del pago del canon de arrendamiento del tugurio... se abre en nuestra alma una rosa de piedad, ponemos en la mano bañada en lágrimas, de la infeliz mujer, cinco marcos; ¿qué son cinco marcos? quienes nos miran nos hacen un gesto odioso y gruñen llamando estéril derroche, lo que es piedad cristalizada en cinco miserables marcos!... hay quien se adelanta hacia nosotros, para reprochar nuestro derroche, haciéndonos saber, entre ronquidos guturales, que para eso hay Beneficencia, en Hamburgo; que esa mujer a quien damos dinero, es sana y fuerte para el trabajo... ¿qué corazón tendrán?...

Aquí no hay mendicidad; nadie pide, so pena de ir a la cárcel; esto nos parece muy racional...

En esta esquina vemos a un anciano: las barbas en desorden, los cabellos crecidos, el silencio en los plegados labios, los ojos muertos en forma de bolas negras, girando dentro de los párpados roídos, por la irritación; lleva al cuello baratijas...

¿Quién es?, ¿qué hace allí, expuesto a los rigores de la nieve despiadada?

Es un mendigo, nos decimos; sí, señores, un mendigo; pero un mendigo que no despliega los labios para enternecer con una palabra dolorida; un mendigo que no pide limosna a nadie... está de comerciante de bagatelas: cordones para zapatos, imperdibles... alfileres... ese caballero se detiene junto a él; le pone en la mano del enmudecido ciego, una moneda; éste le invita a coger cualquiera de sus chucherías; el caballero se la deja y pasa; entramos en curiosidad y le seguimos, cada vez acercándonos más... le alcanzamos a oír: ¡pobre ciego!, en español... ¡claro: es un caballero español, a quien la posición del ciego comerciante, le conmueve y le obliga a dar limosna!!... nos acercamos... señor, perdone usted, la lengua, la dulce lengua de Castilla, nos arrastra, usted la habla, le hemos oído, ¿de dónde es usted?

—De España...

Los españoles dan limosna siempre, y los sudamericanos también... los alemanes compran... ¡oh el negocio!... hasta con los mendigos... aquí la mendicidad vive envuelta en oropeles... todos esos de galones, todos esos de franjas, todos esos de kepís, todos esos de palas, todos esos... esperan la propina por un saludo a la militar, por una mueca... por una majadería... estos viejos de las esquinas, ciegos, tullidos, mancos, cojos... imposibilitados por completo para el trabajo, venden baratijas... cuántas veces nos ha seguido el acento de un *Dankeschón*, por haberles puesto unos Pfennig en la mano, sin llevarnos la mercadería ofrecida en venta, silenciosamente, dolorosamente...

La presencia de estos infelices mendigos, en las calles hamburguesas, en estas horas de crudo invierno; pone una nota doliente en nuestro corazón, reflejada en estos versos:

SILUETAS INVERNALES

Pobrecitos los viejos de las esquinas,
 En ellas tiritando de frío están:
 Se les ve, en la penumbra de las neblinas,
 Como estatuas que el tiempo las tiene en ruinas.
 Extendidas las manos, pidiendo pan!



Mendigo hamburgués

¡Pobrecitos...! ¡la carne dentro de harapos,
 Llena de grietas rojas, pide calor...
 I los cuerpos que un día les fueron guapos.
 Encorvados a tierra, flamean trapos
 Cual banderas izadas por el dolor!

Llevan sendos collares de bagatelas
 Que el mendrugo demandan... y en sueños ya

Mascan con las encías que fueron muelas;
Mientras fulgen los ojos como candelas,
Como cirios de muerte... ¡qué pena da!

Pobrecitos los viejos mudos, sombríos,
¡Cómo pártense el alma y el corazón;
Aunque están tiritando, viejitos míos,
Y aunque tienen los vientres siempre vacíos,
No despiertan en nadie la compasión!!

¿No despiertan en nadie?... soy el primero
Que sus penas alivia con un doblón...;
Pero al oír que le dicen al extranjero:
DankeSchón, con acento tan lastimero,
Otra vez me desgarran el corazón!!

Pobrecitos los viejos de los rincones,
Nadie más infelices que ellos, talvez:
Mientras tosen y quedan sin los pulmones,
Con temblor de agonía, con los bordones,
Apuntalan el peso de su vejez!

Y sostienen apenas la recia carga,
Asfixiados en la onda de la acritud
De la vida, por negra y atroz ¡qué larga!...
La vejez, pobrecitos, les es amarga,
Como les fuera dulce la juventud.

¡Juventud...! ¿qué se hicieron tus resplandores?...
¡Germen de sueños rosas; ritmo febril,
Estos viejos huraños, sin luz ni amores,
A tu sombra rieron, como las flores
Ríen en las auroras del gayo abril!...

¡Ay pobres viejecitos los de este suelo!,
Qué inclemente para ellos, la ancianidad:
¡Les azota la escarcha, les muerde el hielo,
Sufren las inclemencias todas del cielo,
En las calles de sombra, de la ciudad!

¡Pobrecitos los viejos!, nadie los mira;
De los hombres existen fuera del rol...
Ya no tiene para ellos calor la pira;
¡La natura para ellos sólo tiene ira,
Sólo tiene tinieblas y frío el sol!...

Las colillas inmundas de algún cigarro
Que el transeunte arrojara por suerte allí,
Fuman con dulcedumbre, sobre el guijarro:...
Pobrecitos los viejos, el débil barro,
Suspirando entretienen, siquiera así!...

¡Pobrecitos!... ¡la carne dentro de harapos,
Llena de grietas rojas, pide calor...
Y los cuerpos que un día les fueron guapos,
Encorvados a tierra, flamean trapos
Cual banderas izadas por el dolor!

XXIX

HAMBURGO

Estatuas... y versos.—La visión de la bandera.—Otra vez la divina enfermedad.—El Canciller de Hierro.

Caminamos por estas calles, por estos paseos, por estas plazas y vemos muy pocos monumentos estatuarios...

¿Habrán pocos hombres dignos del bronce y de la posteridad?, ¿serán los hamburgueses, sumamente parcos en dictar sentencias de inmortalidad, en favor de los grandes de la tierra?

Puede que esto último sea, porque de haber personas merecedoras del galardón del bronce, las hay...

No nos metemos a ahondar esta clase de consideraciones, porque nuestras películas, no tienen más objeto que presentar a la vista de quienes nos quieran leer, cuánto nosotros mismos vemos de paso, de carrera...

Aunque estamos de prisa, en viaje de visita al Jardín Botánico, detengámonos aquí, en este pintoresco panorama de la Esplanada amplia y recta, llena de carreras de árboles y de ruidos de tranvías, en presencia de este hermoso monumento... *Krieger-den-mal...*

Grupo encantador éste, de soldados hamburgueses que agonizan por la patria...

Este ángel cariñoso cubre a los agonizantes, con la simbólica rama de laurel y les extiende la palma de los vencedores...

Los hamburgueses han querido perpetuar en impercedero bronce, la memoria de sus conterráneos, de esos que derramaron su sangre generosa por la patria, en la guerra franco-prusiana del 70 al 71, en este artístico bronce que contemplamos; pero nos alejamos de él, que huele a guerra, a esa brutalidad de la locura de las naciones, por sostener la gallardía de un sórdido interés, nos alejamos aprisa, que el olor de la sangre de los hom-

Eres, aún mal oreada en los campos de Sedán; nos hostiga y nos enferma...

Cambiamos de rumbo; ya que nos hemos topado con tan hermoso monumento, dediquemos las horas de hoy, a visitar estatuas.

¿Qué plaza es ésta?

Leemos *Gaensenmarkt* —¡qué huraños estos sonidos para los de América que fué de España!—

Adelantemos a media plaza, que allí vemos a un inmortal tenido en pie: ni armas, ni trofeos de guerra, en torno suyo: ¡qué dulzura de espíritu, por la falta de los emblemas de la fuerza!...

Saboreamos la fruición que produce la poesía, al oír en el silencio de esta varonil estatua, armonías que transportan... es Lessing, Efraín Lessing, en cuyo porte severo y rígido, se transparentan la encumbrada soberbia de su genio, la ática gallardía de su frase lapidaria, la serenidad de su envidiable talento crítico, que le colocó a la cabeza de los primeros críticos del mundo y por fin, la gloria de su genio de excelso dramaturgo. Pertenece por esto el bibliotecario del duque de Brunswick, al número de los inmortales... hace nuestra alma una profunda reverencia a los manes de Efraín Lessing y se encamina en su almario, en busca de nuevas sensaciones de arte.

Damos la vuelta... ¿qué es esto?

En esta calle que desemboca en la plaza en que está el emperador de la crítica y de la poesía dramática, hay decenas de muchachos a quienes se les echa agua de puertas y ventanas... leemos: *Schwiegerstr.* La curiosidad nos empuja calle adentro... ¡qué porquería...!! ¡un pudridero de almas y de cuerpos!... barraganas a medio vestir, únas; con tules transparentes sobre el busto, ótras; desnudas las demás, se están en pública exhibición, en puertas y ventanas, ofreciéndose en alquiler, con palabras de licencia sugestiva... los pilluelos las mortifican, lanzándoles bodoques, ellas se defienden echándoles agua... no hay policía... esto, todo esto aquí junto a la plaza en que está glorificado un poeta; todo esto aquí junto al Sendero de las Doncellas: ¡tatay, qué porquería!!

Esta *Schwiegerstr* tiene estatuas al natural, en cada puerta, estatuas que hablan, estatuas con encantos que palpitan... hemos salido a ver estatuas, las estamos viendo, de carne blanca y sonrosada... pasemos... otra vez en este recodo encantador, al N. E. del risueño y bello *BinnenAlster*, en este declive suave, que arranca de la estación de los tranvías, en *Ernest Merkster*... es él: oímos con arrobamiento la canción de la campana, que nos denuncia a Schiller quien nos anuncia en ella

“Que todo cuanto al mundo la triste suerte lleva
 “Asciende a la campana y, en ronco palpitir,
 “Resuena y repercute sobre la humana gleba,
 “Como sollozo inmenso de alborotado mar!”

Esta estatua en que tiene Schiller los prestigios de la inmortalidad, parece que lanzara, en este instante, este apóstrofe esforzado:

“¡Arriba, compañeros!... el cable ya rechina,
 “Alcemos la campana, la torre está vecina,
 “Subamos hasta el hueco que abierto ya la espera;
 “¡Arriba!... en el andamio crugiendo la madera,
 “Al peso de este caliz parece que se humilla
 “¡Arriba!... que sus sonos alegren nuestra villa:
 “Labor de nuestros brazos, ¡cuán elevada estás!..
 “¡Hermanos!... ¡compañeros!... doblemos la rodilla,
 “Ya la campana hermosa en las alturas brilla,
 “Pidámosla que cante los himnos de la paz!”

Sentimos un estremecimiento dulcemente extraño, delante de este lírico grandioso, nos sentimos contagiados de su divina enfermedad y, aunque apenas comenzamos a balbucir el inextricable alemán, hacemos un *tour de force* y componemos versos alemanes...

¿Una muestra?

Allá va:

*Ich bin ein armer pilger
 Der kommt zu Deinen Herzen;
 Du meine Tränen trocknest,
 Du stillest Meine Schmerzen!*

.....

Nos contentamos con publicar estos versos alemanes, para demostrar que lo que se quiere se puede... ¿Hay poesía en ellos?

Si la hay o no, lo dirán los que dominan esta lengua de tan abundantes huesos...

Para no ser pesados, no publicamos la composición toda, en este libro, bastando la primera estrofa, en la que nos dirigimos a Hamburgo, en cuyo seno buscamos, para los nuestros, la salud que en vano la buscado, en otros horizontes...

Empero, sí publicamos la traducción de toda la poesía, según nos la redacta nuestro atormentado corazón:

Soy triste peregrino
 Que en ti viene a buscar
 El bálsamo divino...
 ¡Llorar es mi destino,
 Llorar, llorar...

Yo soy el ave errante, la errante golondrina
 Que vuela, sin cesar,
 En medio de la escarcha, sin sol, en la retina:
 ¡Volar hacia las sombras, el hado me destina,
 Volar, volar...!

¡Mis plantas los abrojos,
 Por siempre han de pisar!...
 ¡Del alma dolorida, cual tétricos despojos,
 Mis lágrimas amargas, no dejan, de mis ojos,
 No dejan de brotar

Me voy por entre sombras, errante y solitario,
 Hartándome de hieles que aumentan mi aflicción
 ¡Te sangra las arterias, un bárbaro sicario,
 Y encuentras por doquiera tu cruz y tu calvario,
 Ay, pobre corazón!!...

Soy Sísifo infelice
 Que sube del abismo y a él vuelve a tornar;
 El Sino, a todas horas, airado me maldice,
 Y al pecho con la roca, tu dura suerte es, dice:
 Subir, rodar!!...

¡Ay triste peregrino,
 Jamás he de encontrar,
 El bálsamo divino...
 Llorar es mi destino,
 Llorar, llorar...!

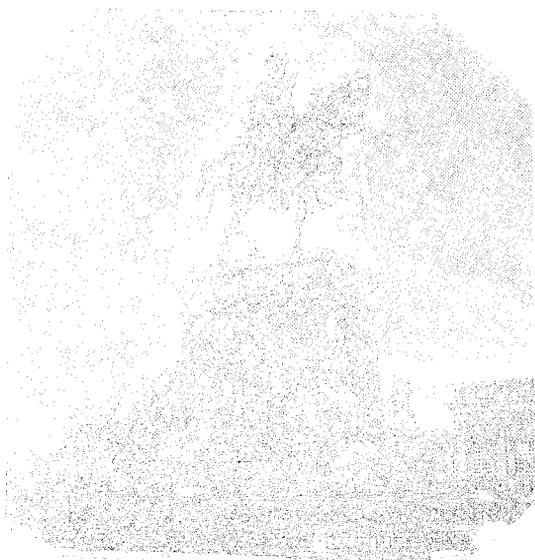
Vuela el auto... *Alstertor*... se crispan dulcemente nuestros nervios; se nos abren los ojos ávidamente, como santificados por la trilogía de estos amarillo, azul y rojo; tiembla el alma con temblores de milagro y se nos anuda, de alegría la garganta; nuestro corazón se pone de rodillas y canta inebriado de gloria, al ver nuestra bandera;

¡Salve, oh Patria, mil veces, oh Patria.
 Gloria a ti...!

porque se nos representa nuestro esplendoroso y florido Ecuador, en nuestro venerado tricolor... ¡bendigamos a la Patria querida y suspirada, a la Patria luminosa y azul, que vemos en nuestra bandera, en este consulado que nos da tan agradable sorpresa.

RathausMarkt... olemos sangre... ese casco prusiano en la cabeza de ese hombre de patillas, caballero en brioso corcel de guerra, con los blasones de las brutalidades de la fuerza; nos trae el muy ingrato olor... ¿quién es?

En su persona se encienden los destellos de la gloria; parece que contempla horrorizado, los cuerpos de los heroicos veinte mil soldados franceses, en informe montón, entre ríos de sangre, en Sedán; parece que sus ojos se anublan con lágrimas de



Guillermo I

admiración de la bravura de los hijos de Francia... es el anciano vencedor Guillermo I de la casta de los *Hohenzollern*, emperador de Alemania, padre de su unidad, rey de Prusia, merecedor de la inmortalidad, según los dictados de los pueblos... este bronce lo está testificando, estos relieves, páginas de sus robles y grandes hechos, relatan su pujanza y la relatarán por siempre, jamás, en el bronce imperecedero... ¿No es esto la inmortalidad?...

Este monumento es, sin revocarlo a duda, lo mejor y más grandioso que tiene Hamburgo, en prenda de apoteosis a su emperador, venerable y virtuoso anciano, mimado de la gloria...

Estamos junto a este kiosco risueño, lleno de flores y fragancias; nos acercamos a él y compramos un ramito de las más lindas, para llevarlo como presente pulcro, a nuestra compañera... las flores nos perfuman el olfato, como el cariño nos perfuma el corazón: esto es poesía, la poesía del amor. ..suspira-

mos, sin saber por qué... otra vez la divina enfermedad... y pensando en alemán componemos versos alemanes

*Ich hab' ein Mutterherz,
Für meine süsse Frau,
Weil Sie ist für meine Seele
Was für die Blumen, Tau!*

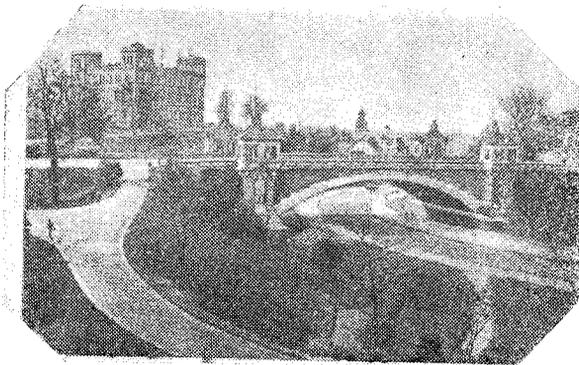
.....
.....

Corazón maternal es el mío,
Para ti que con tanta dulzura,
Das a mi alma perfume y frescura
Igual que a las flores, el terso rocío.

.....
.....

Y rodando en este veloz auto, llegamos a *Helgolander Allée*... por fin nuestros ojos cansados de la ruda monotonía de la llanura, se libertan alegremente de la visión de las planicies, por este retazo de prominencia llena de curvas y caminos y árboles.

En este momento se deleita nuestro espíritu, en este promontorio que nos despierta la idea de nuestras montañas, de nuestras altísimas montañas de nieves sempiternas, en las encumbradas cimas...



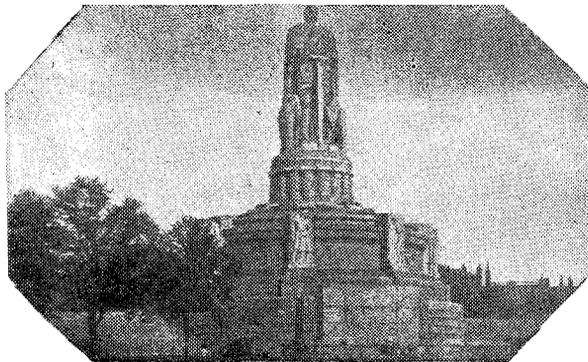
Puente de KerstenMiles

Pasamos por debajo de este puente en cuya cima está el Observatorio Marítimo; pasamos por el hueco de este puente, rodando en la pizarra del plano inclinado que va a morir en las aguas del Elba, perezosa, lánguidamente... volvemos la vista y nos hallamos con otra estatua...

El es, indudablemente él: sus recias y duras facciones, sus párpados encapotados, sus bigotes caídos, la armadura en que está embutido, la espada formidable en que descansan sus dos manos, la rigidez de su apostura, esta cara de bulldog, la misma inmensa mole del monumento, nos dicen a voz en grito: este es el Canciller de Hierro, Otón de Bismarck, ídolo del pueblo alemán, creador del puerto libre de Hamburgo, verdadero fundador del imperio de Alemania, cuya alma está representada en las tosquedades del granito que desafía a los siglos.

El príncipe de Bismarck tiene la apostura del genio de la fuerza vencedora; la cabeza desnuda parece en esta estatua, el laboratorio de las más elevadas ideas del engrandecimiento de su pueblo...

Mira al Elba con titánica gallardía, y el Elba le canta sin cesar, el himno de la apoteosis; las naves que entran por millares, le tributan respetuosa veneración y la Eternidad misma le saluda...



Estatua de Bismarck

Esta estatua merece como ninguna, el adjetivo kolosal, en razón de ser de inmensas dimensiones y toda de tosco granito.

La espada tiene diecisiete metros, si hemos de creer los decires de quienes se están con la boca abierta, en contemplación hierática, en la ancha calle en que está el nacimiento de los macizos del pedestal... la punta de la espada hiere el mismo plano en que descansan los pies, y el término de la empuñadura, llega al comienzo inferior de la coraza; supóngase el resto de la altura...

Nos cuentan que el *Kaiser* le aborrece, pero que nunca exterioriza el aborrecimiento, porque el pueblo adora al Canciller de Hierro y ¡ay del emperador!...

Después de la contemplación de este monumento, como que se nos petrifican el espíritu y las entrañas, como que crecemos, como que nos sentimos mole gigantesca y cruel...

Rodamos, rodamos raudamente... choffeur, para aquí... Federico Teófilo Klopstock, el equitador Klopstock, el inmenso poeta Klopstock, a cuyo entierro acudió todo Hamburgo y todo el mundo, en la persona de sus embajadores, plenipotenciarios, encargados de negocios, cónsules, etc.

Klopstock cuyo féretro iba presidido de una nívea falange de vírgenes deslumbradoras, que, como sacerdotisas del ritmo, iban con guirnaldas de rosas y mirtos, conduciendo, en procesión fantástica, cestas de flores, para adornar la tumba del acaso por entónces, mayor poeta de Alemania, que recibía así la apoteosis de la gloria, como hijo del Olimpo.

Klopstock el inspirado cantor de Carlota Corday, el ángel del asesinato que dijera Lamartine, matadora de Marat, de ese Marat que fué la más grande y monstruosa personificación de la locura de los más delirantes y más atroces crímenes del mundo...

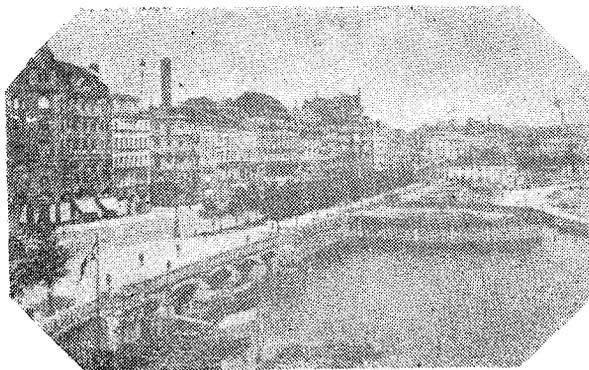
Sentimos un estremecimiento de eternidad, ante Klopstock y seguimos la ruta...

XXX

HAMBURGO

Avecillas inocentes.—Siempre el vientre.—Cariño que inspira la desgracia.—Vendedoras de cadáveres.—Espectáculo hermoso.

Estamos sobre el puente Resendam, en los plácidos linderos de *Jungfernstieg*: hay gente aglomerada, en varios grupos, sobre el puente y el Sendero de las Doncellas, con las miradas fijas en el horizonte brumoso; volvemos también nosotros la nuestra, hacia él, ¿qué pasa?



Puente Resendam

Estos grupos conversan animadamente, comentando, con calor, el tópico de la conversación... una nube menos densa, menos pavorosa que las de siempre, se cierne, en los espacios, da vueltas, se acerca pesadamente al Alster, se aproxima mucho más... se disemina en centenares de retacillos que voltejean unos en torno de otros... están ya sobre el cariñoso lago; son alas que

se abren y se cierran; son ojos que atisban desde la altura, son picos que se abren soñando en la presa codiciada; son patitas que se extienden... son gaviotas, avecillas inocentes que, emigrando de los hielos del Norte, llegan a esta ciudad, en demanda de limosna de abrigo y pan... la multitud que las espera, se regocija al sentirlas revolotar sobre las cabezas; el hambre las ha amansado de tal guisa, que se sientan en los brazos extendidos al efecto...

¡Siempre el vientre amansando aves ariscas y domando hasta las rebeldías del vuelo!... Los cientos de curiosos, les ofrendan mendrugillos de pan; algunas de las heladas y hambrientas avecillas, los hurtan de las manos, con presteza, al vuelo; otras menos hurañas, más desfallecidas o más necesitadas, se sientan en los brazos, se sientan en los hombros, se sientan en las cabezas de los múltiples anfitriones para tomar su ración y devorarla.

También nosotros, con más generosidad en el alma, que estos buenos hamburgueses, damos nuestra limosna de abrigo y de mendrugos de pan, a estas recién llegadas, a estas inocentes gaviotas, extranjeras como nosotros... con la ardiente sinceridad de nuestro corazón, ligado a estas avecillas infelices por la extraña solidaridad de la falta de patria... les damos, con todo el dulce cariño y la amable ternura que inspira la desgracia ajena que golpea a las puertas de pueblos extraños, en demanda de bienestar...

Son las nueve de la mañana; ha muy poco que rayó la aurora; la claridad es débil aún; no tiene los prestigios de la luz de las nueve del día de nuestro radiante sol del Ecuador... ¡qué va a tenerlos!... tomamos el desayuno a la ecuatoriana: *Kinder milch*, leche crema, mantequilla, pan blanco, abundante y fresco y, a la calle... trotamos por *AnderAlster*, en una de cuyas elegantes casas vivimos, a las veras rientes del *AussenAlster*; trotamos, para poner en acción los nervios, para mover la sangre casi congelada, para calentar las carnes; vamos a cumplir la sagrada obligación que nos hemos impuesto, de presentarnos de mañana sobre el puente, desde cuyo lomo contemplamos la llegada de las gaviotas, para darles un poco de sustento... ya estamos en *Resendam*... las aves nos miran, vienen a nosotros ¿nos conocen? ¡poder del instinto hambreado! graznan impa-

cientes, voltejean sobre nuestra cabeza...; allá están esas pobres ancianas, cubiertas la cabeza con un grueso y tosco pañolón; tienen resguardados los pies, en burdos y torpes zapatos de madera —¿borceguíes?— calzan medias resistentes de urdimbre rústica y gruesa, visten paletó de casimir tosco, encima del pañolón de lana; tienen en las manos, canastones repletos de cartuchos de papel, en cuyas entrañas están los cadáveres de diminutos pececillos...; *Zehn Pfennig*, nos dicen, compramos uno, compramos dos, compramos diez de estos cartuchos y nos deleitamos en dar sustento a las aves extranjeras... sentimos la alegría de vivir en este instante!; hacemos lo propio, todas las mañanas; somos infaltables a la cita con las avecillas inocentes... ¡con qué cariño les damos de comer, con qué afecto les damos nuestro calor...!

Pero es de notar que no solamente nosotros acudimos a suministrar pan y pececillos a las gaviotas; acuden muchas, muchísimas personas de la ciudad; es éste, para nosotros, un espectáculo hermoso: una procesión de mujeres, hombres, ancianos, jóvenes y niños comprando a las viejas, cuyo tipo dejamos descripte, peces para las gaviotas... Si es cierto que aquí no se tiene caridad para con los hombres, se la tiene y muy acendrada para con las aves, a las que se les da sustento, se las mima y defiende de la muerte... cuán diferente de lo que pasa allá, en nuestros lares... mucha caridad para con los desvalidos de la humanidad, y tiranía con las aves: se las persigue sin piedad, se las mata sin lástima...

XXXI

HAMBURGO

Fledermaus, Moulin Rouge... Trocadero...

¡Claro!...

No es de pasar tantos trabajos, en los pliegues y sinuosidades de una mar bravía, para que nos den las diez de la noche, calientitos en la cama!

Hay que hacer vida siquiera semimundana!...

Así, unas noches nos pasamos arrellenados en mullidos sillones, en *Fledermaus*; ótras, bebiendo champaña, en *Moulin Rouge*, mentira que no bebemos; pero sí gastamos en el generoso licor... da lo mismo; ótras, bailando en el Trocadero... en todas partes, engañando al dolor...

Nos topamos con un amigo... ¡de Cuenca!... el abrazo que nos damos es kolosal... un amigo con quien fuimos colegas de congreso, en Quito, en un año memorable, porque hay que saber que también hemos sido legisladores de la patria...

¿Qué más da?

—¿De dónde asoma, querido amigo y doctor?, le preguntamos.

—De Noruega... corriendo mundo...! visitando tierras escandinavas... por el placer de verlo, le suplico que pasemos juntos esta noche... le invito al Trocadero...

Son las doce de la noche: nuestra carne aterida, está envuelta en elegantes trapos; camisa de pechera de blancura irrepachable, como la de la nieve de las altas cimas, con botonadura de diamantes; chaleco que no cede en blancura, ni a la corbata ni a los guantes; frac de corte elegante con opulenta orquídea en el ojal de la solapa; puños de alabastro, presos por yuntas de amatistas; pantalón con las correcciones exigidas por la elegancia; zapatos de charol, sobre finas medias de seda; cartera

de oloroso cuero de Rusia, preñada de billetes... estamos correctos... venga el abrigo... al auto con nuestro compañero que se halla muy bien trajeado... ¡con levita!... rodamos por estas calles que duermen ya; el silencio se interrumpe con el leve ruido de la máquina que carga nuestros huesos... de pronto para delante de un edificio lleno de claridades deslumbradoras... estamos en el Trocadero... el *Ober* diligente y comedido, se lanza sobre el auto, se apodera de una de las portezuelas y la abre; le ponemos un marco en la mano, por el servicio; somos saludados militarmente, con grandes muestras de respeto; entramos: las camareras se disputan por recibirnos el abrigo de pieles y el sombrero... nuestra enguantada mano pone en la blanca y bien torneada de esta elegante rubia, cinco marcos... porque es quien guarda nuestras prendas de vestir, esto es un derroche brutal; pero hay un momento en que se debe ser derrochador; el frac lo exige y nuestro porte con una dama, nos preciona... oímos un rosado *Dankeschón*, al que contestamos el sacramental *Bitteschón* y mientras somos conducidos a la sala, por una encantadora *Fräulein*, nos sigue el sonido muriente del gentilicio con que las guardarropas nos califican: *ein Brasilianer*... ¡un brasileño!... nos gusta y nos disgusta el gentilicio: nos gusta, porque se nos pone en el número de los hombres de América del Sur, que llegan a estos retazos de mundo y dejan correr en ellos, el dinero, como ríos desbordados; nos disgusta, porque se nos desnacionaliza... pasamos por junto a este grupo que rodea esta mesita pulcra; pasamos por junto a estotro que sorbe el bermejo champaña y pasando por entre multitud de grupos y mesitas ocupadas de antemano; llegamos a este lugar ameno; a esta mesita que nos sonrío amablemente como que va a ser confidente de nuestras emociones; alegramos la mano de la *Fräulein* con cinco marcos de propina; hay que sostener el precio de la propina para que no se venga a menos el calificativo que se nos dió, no ha mucho; ya estamos frente a frente con nuestro amigo, en esta mesita coquetona... en una atmósfera de perfumes, de sonrisas y champaña, con un suave saborcillo de pecado... se presenta el *Ober* gallardamente vestido y nos entrega el *carner*, para que podamos pedir el licor que nos plazca; nuestro compañero lo toma en las manos, lo lee de arriba abajo y pide... asoma una reluciente botella pipona; alambres blan-

quisimos le forman una malla sobre el cuerpo transparente; hay dorados en la tapa que está atada con fuertes entorchados, dispuesta a dispararse, a la menor soltura; adentro, burbujas que se encienden y se apagan; hay una detonación, el corcho vuela, revienta en oloroso oleaje el champaña; da en apetitosos hervores, sobre las copas de fino cristal de Bacarat, que yacen delante de nosotros, desde cuyo fondo luminoso, surge a la superficie, en fragantes burbujas de amatista... ni nuestro compañero, ni nosotros tomamos licor: él por estar enfermo, nosotros por temperantes relapsos: el champaña se está allí, en espera de paladar que lo saboree... la música nos regala con sus acordes caprichosos... ahí está el rítmico *Kapellmeister*... en todos los palcos, en todos los corredores, en todas partes, hay derroche de champaña, ostentación de vida mundana brillante y sugestiva, olor de carnes mujeriles, languideces estudiadas, genuflexiones galantes, flores y besos y amores en venta. En la platea bailan y cantan, danzarines y cantantes contratados para el esplendor de estas alegres y deslumbradoras veladas... se nos presenta la ramilletera y nos pone por delante, elegantes ramitos de flores; los compramos. ¿Quién no adquiere una flor por cualquier precio, cuando se puede?... Suenan los aires del oso, baile de moda en la ciudad, las parejas se tiran a la platea; se llena ésta de movimientos pesados, de esos que imitan el de los osos que puestos en dos, bailan a los sonos del pandero; la música se extingue; el baile cesa, las parejas retornan a sus asientos... se bebe, se bebe... allá se besan, también más allá ¿quién hace caso?

Rompe la música de nuevo; dos mujeres bellísimas, de las muchas que tiene el Trocadero a su servicio, bailan con cautivadoras flexibilidades: es pequeña la úna, de ojos de lápiz-lázuli fosforescente, de cabellos claros como la luz del oro, recortados en forma de melena, de cuerpo simbrador y estético, envuelto en tules que casi, casi dejan paso a las miradas... la otra es un gentil ejemplar de bella pecadora: tiene tostados el rostro y el turgente seno, por los rayos del sol, buscados adrede, con tal fin, por arte de coquetería; un tantico más alta que ese lucero que le acompaña en el baile, de rostro peregrino, como buscado para enloquecer a los mortales, de alma capaz de encender los más helados corazones; reparte miradas fascinadoras, en torno de ella, hace guiños picarescos y señas delicadas... Estas chicas son las

encargadas de exprimir el último centavo de los incautos bolsillos...

Dan las tres de la mañana, nuestro champaña está intacto, en botella y copas; nos disponemos a salir, sin consumirlo, cansados de respirar este ambiente de locura de placer, ¿dejarlo?. Hay que dejarlo... nuestro amigo tiene una idea luminosa; lo que se ha de beber ese Ober rechoncho, que se lo beban las bailarinas, nos dice. Asentimos... ellas bailan y nos miran codiciosamente, porque acaso somos los dos únicos de color moreno; nuestro compañero es casi negro... nosotros sonreímos con ellas, honestamente, por supuesto... dejan de bailar y se vienen a nosotros raudamente; les ofrecemos el champaña; se lo beben como alquileras; viene el Ober; nuestras compañeras piden el carnet, devoran la lista y piden el champaña más caro de ella, diciéndonos, entre dulces mohines, que sólo beben ellas del que piden; mientras viene el champaña, llega la florera; nuestras compañeras quieren que les regalemos flores; nuestro amigo se frunce, mas nosotros más galantes y más familiarizados con flores y con chicas, les damos el permiso, con la sonrisa en los labios; la ramilletera les entrega los ramitos más caros... llega la vendedora de pitillos; nuestro compañero, no fuma, ni nunca nosotros; las bailarinas quieren fumar; asentimos; se apoderan de las doradas y donosas cajetillas, de subido precio... los acompasados acordes, invitan a bailar; la rubia le insinúa a nuestro amigo; este se niega cultamente, alegando razones atendibles; que tiene irritados los callos; la húngara, especie de serpiente libidinosa, nos insinúa... nos lanzamos a la sala y bailamos, bailamos locamente... nos quedamos solos, somos el blanco de las miradas... una explosión de aplausos corona nuestros alados y rítmicos movimientos... nos llega el champaña, y a justo título, beben las amigas improvisadas; llega la vendedora de dulces y confites, hay que echar el resto; vuelven la ramilletera, la vendedora de pitillos, el Ober y gastamos sin tino; nuestro compañero está hosco; no lleva a bien nuestra condescendencia; nos han saludado las cuatro de la mañana; las amigas del instante, se sienten extenuadas, quieren cenar; nuestro compañero oye la proposición como si oyera su sentencia de muerte; protesta y nos anuncia que se ausenta; comprendemos su malestar y le aplacamos la irritación nerviosa y le decimos

en castellano que no hay cena; se le ilumina de alegría, el rostro del amigo; la alemana rubia y la húngara morena, medio borrachas, esperan las perdices que resolvemos que no vengan... se nublan y se van...

Se les acabó el negocio, que son las contratadas para que el establecimiento haga las mayores ganancias, con el desplume de incautos. Estas mujeres ganan el tanto por ciento de las ventas generales y se reparten el exceso de precio, a medias con el Ober, la florera, las vendedoras de confites, con el mismo diablo... raya la aurora, comienza el desfile: quienes borrachos de remate; quienes un si es no es embriagados, quienes, como nosotros, sin pisca de licor, entre pecho y espalda; pero llena la mente de deslumbradoras algazaras, el espíritu, de música armoniosa, el corazón de alegrías brillantes... y el bolsillo vacío...

Lo que pasa aquí, pasa en *Fledermaus*, *Moulin Rouge* y en otros establecimientos de bailes y holgorios...

XXXII

HAMBURGO

Aspectos de la generosidad.—Costumbres de cada pueblo.—

El que consume, paga.

Habituados a viejas y arraigadas costumbres ecuatorianas, sentimos escozor, en el alma, por lo que vemos y por lo que pasa.

Invitados por un amigo alemán, concurrimos a la Bodega, para tomar cualquier cosa, mientras pasamos el rato.

Se nos pone, para soliviantar la sed exigidora de cerveza, chicharrones salados...

Charlamos envueltos en esta nube fragante, de humo de cigarro y apuramos, entre charla y charla, nuestro amigo, su cerveza, nosotros, nuestro café...

Ha pasado rauda y amablemente el tiempo y nos disponemos a salir; viene el hortera, con la cuenta, de lo que se ha bebido.

Nuestro amigo paga el precio de lo que él ha gastado y le indica al sirviente, que nos cobre lo que hemos consumido... Nos sentimos abochornados y un amargo ¡qué...! estalla en nuestro interior, al mismo tiempo que ponemos en el limpio y reluciente platillo, el precio y la propina...

En el Ecuador, cuando un amigo invita a otro, paga cuanto el invitado hubiere consumido; allá se tendría como acto merecedor de la sanción de un desprecio profundo, éste de este amable rubio.

Ni siquiera sería concebible allá, que pague el invitado, lo que él hubiere consumido, a súplicas del invitante.

Acá es otra cosa: nos enteramos de que aquí es por el contrario, inconcebible que el que invita a un amigo, a beber en una cantina, en un *bar*, pague lo que el invitado ha pedido para satisfacer las necesidades del organismo o del capricho: aquí pa-

ga el que satisface una necesidad o un placer que cueste dinero: costumbres de cada pueblo.

Dos amigos toman el tranvía; cada cual paga el importe del pasaje; ninguno se imagina siquiera que ni por galantería, ha de hacer la apariencia de pagar por el amigo...

El novio invita a la chica, en quien tiene cifradas todas sus aspiraciones, ir al cinema, al café, al concierto, al teatro, a cualquier parte, en donde la presencia personal, exige gastos.

Si la novia acepta, van novio y novia bien ligaditos, de brazo, al teatro, por ejemplo. Llegan a la ventanilla en que se venden las boletas de entrada; el novio abre su cartera y compra su boleta, la novia hace lo propio y adentro... la chica se sentiría injuriada, si el chico intentara pagar por ella.

Esto, en el Ecuador, sería para borrar el amor de un siglo, puesto que el enamorado, el amoroso novio se desvive, por agazajar a su prometida, gastando caudales...

¡Lo que va de pueblo a pueblo!

¡Lo que va de costumbre a costumbre!

Parece que la verdad peligra, señores y amigos, en esta escena: estamos en el *Café Excelsior*, sentados junto a este murmurante surtidor cuyas linfas se alzan dos metros, en hilos tenues que se escarmanan y descienden hechos perlas rientes y sonoras, a la sombra de este arbusto bien cuidado. La orquesta nos da música armoniosa y agitada, el sirviente, chocolate y pastas delicadas...

En la mesa contigua a la nuestra, está, en indolente posición, esa chiquilla, una pierna sobre la otra, dejando a las miradas la golosina de las redondas pantorrillas, tiene un pitillo entre los labios que lo oprimen con fruición; de vez en vez, el humo blanquecino se escapa de entre la grieta roja; mientras sujeta el portamonedas, saca una carta, la lee y sonríe. Con frecuencia mira el reloj de la pulsera que le aprisiona el antebrazo y se pone un tanto impaciente... ha pasado un largo rato; nosotros, atraídos por la curiosidad, determinamos esperar... es la hora. He-

ga un apuesto joven, extiende la mirada indagadora... allí está; se acerca a ella; se cambian palabras amorosas; toma asiento en frente de la adorable criatura; él pide cerveza; ella chocolate... pasa el tiempo, mas resolvemos dejar el sitio, cuando lo deje la simpática pareja... él ve el reloj, parece hombre de negocios, se dispone a salir; también ella; se acerca el sirviente, el apuesto joven, paga el valor de la cerveza consumida por él; abre ella el portamonedas, para pagar el chocolate; hace un gesto trágico: ha olvidado el dinero, en casa... ¿Qué hacer?

Parece de lo más correcto y natural, que el galán pague el valor del chocolate de la novia; pero, no pasa esto; él se queda impasible como un musulmán; no obstante los aprietos de la linda compañera; ella se desabrocha la pulsera, la pone en manos del cobrador, en prenda del precio del chocolate... y salen; ¡él tan fresco!...

¡Buena costumbre, excelente costumbre que sustrae al novio de apuros terribles!...

Aquí puede que el novio dé a su prometida, flores y acaso versos...

¡Qué lindo ser hombre aquí!!

Las chicas de buen palmito y las que no lo son, con mayor motivo, conquistan la mano masculina con dinero, poco o mucho, para poder casarse; ¡suerte feliz de los hombres de Europa!

¡Y son tan buenas y son tan aparentes para el hogar, las alemanas!...

Asistimos a un banquete de despedida de un culto amigo que retorna al Ecuador. Este, para que resulte poético el banquete, invita a unas cuantas chicas alemanas, a quienes se les explica que la invitación es *a la ecuatoriana*; es decir: que el anfitrión costea todo, de champaña abajo y de faisán a perdiz...

Estamos en torno de la mesa; el *menú* está impreso en cartulina para príncipes... ellas lo leen y se sienten sobrecogidas de espanto, por lo rico y abundante de los manjares; piden lo que menos cuesta, para no ser carga pesada al anfitrión; pero como en estos casos, no es posible repetir, tienen que servirse otros manjares que son de precio más alto que el de los consumidos

ya, entonces se vuelven al anfitrión y le preguntan, si pueden pedir tal o cual vianda, sin grave grosería; les decimos todos, que tienen amplias facultades para pedir toda la lista, de arriba abajo y de abajo arriba... así lo hacen; pero llega su admiración hasta el escándalo, cuando ven que uno sólo paga el valor íntegro de lo que todos hemos comido, bebido y fumado...

Esto es para estas tiernas muchachas, inconcebible; pero lo es más para nosotros, consentir que el invitado, la novia, la enamorada paguen lo que han comido, tomado y fumado.

¡Contrastes de costumbres!...

XXXIII

HAMBURGO

La Klinica, el Doktor, el Professor...

Las flores, poesía del dolor.

Si tiene alguien, el mal gusto de enfermarse, en estas tierras, tiene el peor, de no quedarse en casa: se larga a la clínica, en busca de los cuidados de la *Schwester*, porque acaso en casa, no hay cuidados para los miembros del hogar.

En casa se cuida del perrito faldero, con solicitud cariñosa, pero el padre, el marido, el hermano, el hijo son empujados a la clínica, al enfermarse, en donde se les visita los jueves y los domingos... puede que esto sea muy cómodo para libertarse de la pena que producen los ayes del enfermo; pero es indudable que relaja los lazos del amor; aunque todo es cuestión de hábitos...

¡La clínica! ¡Ah la clínica!...

Para los autóctonos, es el hogar del enfermo, a tanto por barba, según sus posibles; con los autóctonos no se sale de los precios reglamentarios; pero es otra cosa con los extranjeros que no son de Europa; mejor dicho, con los de América.

Si se toca a las puertas de un *Herr Doktor*, de un *Herr Professor*; ven éstos al enfermo extranjero, con deleite.

Está el enfermo extranjero, en el salón de espera, entre enfermos alemanes, aguardando el turno... le llega, entra al reservado; el *Herr Professor* le mide rápidamente, de una ojeada, y acomodándose bien los quevedos, empieza el examen... de la indumentaria.

¿Es hombre?, pues le ve qué calzado lleva, qué pantalón, qué camisa, qué corbata, qué chaquet, qué sobretodo, qué... trapos... ¿Son éstos elegantes?, ¿son finos y pulcros?, ¿son denunciadores de gente de posibles?, ¿sí?, entonces ¡qué honorarios tan caros!!

Si es mujer, se le examina, con rara minuciosidad cuánto lleva encima: el sombrero, las plumas de avestruz, en fin...

Si le brilla algo, en las orejas o en los dedos, se acerca para mirar bien las prendas de adorno, y cuando nuestra señora la Duda, le solivianta la curiosidad interesada, coge la mano o la oreja de la dama, a fin de entrar en plena certeza...

¿Son brillantes los que irradian en los aretes?, ¿son brillantes los que fulgen en las sortijas?

¿Sí?

Pues se anota esto, en la cartera del sabio, para la higiene... de los bolsillos: al final, ¡qué honorarios tan gordos!...

Hay que saber un poco de estas cosas, para barajar al *Herr Doktor*, al *Herr Professor*, las acometividades higiénicas...

Un día, un caballero que sabía de estas cosillas, vistióse de limpio, dejando a un lado elegancias, y se fué al consultorio del profesor Dietzer, alta y muy empingorotada autoridad en ciencia de ojos: ¡un protooculista de renombre!!

Para irse, el enfermo se quitó los anillos de brillantes; apagó en la corbata, las luces del solitario del prendedor, de aguas de primera, grande y deslumbrador; se puso saco de tela no muy fina; camisa, así, así; zapatos malucones... su exterior denunciaba al artesano de cierta posición.

Tenía el seudo hijo del taller, una abultada carnosidad en el ojo izquierdo... llególe el turno, el gran Dietzer, primer oculista de la ciudad, lo ve; pero no le examina...

—*Herr Professor!*...

—*Nein, Bitte!*...

No lo examino; no soy especialista de enfermedades de ojos izquierdos, dice Dietzer, curo enfermedades de ojos derechos: mi especialidad es ésta...

¡Hombre honrado!

—Pero...

—No hay peros que se atengan; no puedo examinarlo, mis conocimientos no se extienden a las enfermedades de los ojos izquierdos... tome esta tarjeta para el *Professor Dombach*, especialista en enfermedades de ojos izquierdos...

El paciente se queda aturdido, con el procedimiento del oculista Dietzer...

Aquí está la ciencia dividida y subdividida: cada especialista se ocupa únicamente de su especialidad: uno cura la mano, ótro el antebrazo, ótro el codo...

Hay sabios para todo...

La conciencia del docto Dietzer, no le permite examinar ojos izquierdos; por esto, al extranjero con terijium en el ojo izquierdo, se le remite a otro docto especialista...

Esto es muy laudable, porque da a conocer la honradez profesional...

Metido en indumentaria de artesano, llega a la consulta de *Dombach*, el extranjero...

¡Ajá!, tiene usted enfermo el ojo izquierdo; soy especialista de enfermedades de estos ojos; tome esta tarjeta, y váyase a mi clínica.

Privat —Augenklinik Prof. R. Dombach— Hamburgo, Ander Alster 50...

—*Bitte, ein Moment.* Por favor, un momento, señor Profesor. Ruégole decirme primero los precios de las diferentes clases...

—De primera, veinticinco marcos diarios... hace el enfermo un signo de reprobación... de segunda, quince marcos diarios... hace un gesto de imposibilidad, el extranjero... de tercera siete marcos...

—¿No hay de cuarta?

—No.

—Si no hay de cuarta, voy a tercera.

Dombach lo mira y lo remira...

Bien: ya conozco el valor de la pensión diaria, ahora quiero saber cuánto costará la operación, para ver si puedo pagarla, dice el extranjero.

Dombach lo mira...

—¿Es usted italiano?...

—¿Es español?

Hablo español, le contesta.

—La operación vale setenta marcos.

—Hace un gesto de sorpresa, el enfermo y dice: ¡setenta marcos!!, como si dijera: de balde; pero el especialista, no traduce el gesto en este sentido, sino en el de ¡qué caro!!, y no se puede menos, dice gutural y secamente...

Llega el muy bellaco del enfermo a la clínica de *AnderAlster* 50 y pide un departamento de primera... lo esencial era asegurar el valor de la operación, a bajo precio; mejor dicho: a justo precio.

Al día siguiente el vegete Dombach averigua por el enfermo de tercera... lo ve en primera y sonríe con una enorme carcajada, pues hasta las suaves y picarescas sonrisas, tienen los aparatos de carcajadas, aquí en donde se ríe a gritos de tronido...

Diez días después, a la calle, en los últimos instantes de la convalecencia que hace migas con la salud perfecta.

Hay que pagar la cuenta... preséntase el recién operado, a Dombach, de vistosa orquídea, en la solapa del chaquet, de corte para figurín; de sombrero de pelo, relumbrando, de brillante al dedo; de rico calzado de charol; de chaleco de fantasía y de pantalón que un inglés lo hubiera querido para un día de fiesta.

Dombach dice al verlo: ¡kolossal, pero por sílabas y abriendo la boca después de cada sílaba... ko...! lo...! ssal!!!... a tal punto que al sonar el ssal!!!... parece oscura y profunda caverna, la boca del teutón.

Este kolossal, es equivalente a "este ha sido un caballero adinerado; me ha hecho *chino*, presentándose en disfraz de habitante de taller"...

Mas todo tiene su compensación, en el planeta, pues al dormirse el diablo al extranjero, se le despierta a Dombach.

Para esta compensación, y por mala suerte del operado, árdete a su erguida y elegante dama, el ojo izquierdo...

Perdóneme, señor profesor, a mi esposa le comienza a arder levemente el ojo izquierdo, en este instante, véale que tiene.

A ver, señora, mire con el ojo izquierdo lo que yo le señale con este puntero... y dígame lo que ve... k...o...l...o...ss... a...l... no está enfermo el ojo izquierdo de la señora; nada

tiene; ha leído las letras señaladas por el puntero, sin estorbos... medio segundo de examen.

—¿Hay que pagar algo profesor?

—¡Ja!, ruge de satisfacción... si señor, veinte marcos... ¡kolossal dice el extranjero!...

¡Veinte marcos, por medio segundo de trabajo!...

Se los pone en la temblorosa mano del especialista y, a la calle, comentando el desquite.

Si como se presenta a pagar el extranjero, elegantemente vestido, de guantes y bastón de puño de oro, y de solitario de brillante en el prendedor de la corbata, se hubiera presentado el primer día, la operación, en vez de setenta habría costado dos mil marcos, por lo bajo...

La elegancia extranjera, en la clínica, donde el médico, donde el Professor, tiene inconvenientes terribles para el bolsillo...

Lector, si tienes el mal gusto de enfermarte en cualquier parte y vas a Europa, en busca de salud, toma nota del relato rigurosamente histórico...

Y bien, quedamos en la clínica... un prójimo enfermo, pero un prójimo de América entra a una clínica, en busca de salud: el precio diario por la curación, alimento, aire, luz, agua, cama, etcétera, etcétera, es veinticinco marcos... queda contratado, con toda solemnidad, todo el servicio, el servicio íntegro, en veinticinco marcos... la *Schwester* (la hermana) saluda por la mañana al enfermo, le saluda al medio día, a la tarde y a la noche; abre una vez la ventana para airear la habitación, la cierra; enciende la luz, la apaga; oye que respira el enfermo, no oye; le habla algunas palabras al paciente, no las habla; en fin...

Al término de la semana, a más del valor de la pensión diaria, le cargan a la cuenta, tanto por haber saludado, tanto por no haber saludado, tanto por haber abierto la ventana, tanto por haberla cerrado; tanto por haber encendido la luz, tanto por haberla apagado; por haber oído respirar al paciente, por no haberle oído; por cosas inverosímiles... la cuenta es robusta señora.

Si se reclama, se pone cualquier pretexto, pero no se le devuelve el dinero.

Así a cualquier extranjero le da ganas de entrar a la clínica, al enfermarse...

Pero la clínica tiene los jueves y domingos la hermosa poesía del corazón: los deudos y amigos que, en estos días, van de visita a deudos y amigos enfermos, llevan flores, muchas flores, como presente de cariño.

Oh cuán lindo es ver como se llenan las camas de los enfermos, de rosas, de tulipanes, de claveles, de jazmines... el enfermo queda literalmente cubierto de flores, de fragancias exquisitas: ¡qué modo de regalar flores a los enfermos, los jueves y domingos!... las flores son, en las clínicas, la poesía del dolor...

XXXIV

HAMBURGO

El curandero.—Scháfer Ast, *el taumaturgo.*—Scháfer Ast, *no cobra honorarios.*—*Su enorme clientela.*—*Milagros de curación.*—*Como llegó a médico-empírico.*

También aquí, en esta sapiente y docta tierra, en esta tierra de especialistas y subespecialistas, en esta tierra en que el *Doktor* y el *Professor* hacen milagros de curaciones asombrosas; en que el *Doktor* y el *Professor* resucitan muertos, en esta hermosa tierra, en que hay especialistas para cada miembro, para cada órgano, para cada tripa y cada pelo y cada tendón y cada nervio; hay también curanderos de gran crédito, generales y especialistas...

Bien dicen: "Todo el mundo es Popayán", señores y amigos.

Si en nuestra tierra hay curanderos, los hay también aquí, en Hamburgo... Flaquezas de la humana grey...

¿Han ido ustedes a la clínica de *Scháfer Ast?*, suelen preguntar, en todas partes, a los enfermos nacionales y extranjeros...

¡Ah, *Scháfer Ast* es un prodigio!!!... ¡¡qué hombre!!!... ¡qué sabio!!!... Figúrense ustedes, ¡ha estado varias veces, en la cárcel!!!...

—Por ladrón?, por asesino?, por...?

—No, señor, no; porque cura mejor, incomparablemente mejor que los médicos titulados; mejor, mil veces mejor que los profesores; mejor, mil veces mejor que los especialistas; ha estado en la cárcel, por hombre de ciencia y conciencia.

—Según esto, *Scháfer Ast*, no es especialista, ni *Herr Professor*, ni siquiera *Herr Doktor*?

—*Scháfer Ast* no tiene título académico; pero ¡qué hombre!! ¡cura por inspiración casi divina!!!... ¡¡hace milagros!!!

Se le ha encogido a alguien una pierna; el enfermo se ha entregado en manos de todos los sabios profesores y especialis-

tas de Hamburgo; le han tratado éstos mucho tiempo, hasta dejarle sin un Pfennig... y la pierna ¡siempre encogida!...

Un ciego ha sido tratado por todos los oculistas de la urbe; éstos le han quitado totalmente... ¿la ceguera?... no, los centavos, y ¡siempre ciego!!... A un hombre se le ha amputado un brazo, no se conforma el manco con la falta de este miembro y busca un especialista, para que le haga retoñar el órgano. El sabio profesor se afana, pone todos sus conocimientos en juego; pasan tiempos y el hombre no ve retoñarle el brazo... *et sic de coeteris...*

Pero va el de la pierna encogida a *Radbruch*, a ver al divino brujo... este le soba los tendones, en seco, y el cojo rompe a

caminar erguidamente, sin muletas; va el pobre ciego, para el curandero de *Radbruch*, Scháfer Ast le pone en las pupilas muertas, el índice, del lado de la yema, y, ni que Jesucristo le hubiera untado con su saliba sacrosanta, ve admirablemente; se encamina a *Radbruch* el manco... extiende el moño desnudo, a los ojos de Scháfer Ast; éste le corta unos pelos del cogote, los mira con un gran lente, a la luz de una ventana que da a un jardín; vuelve sonreído y le soba con saliba y una pomada de unto de mosca doncella, de arriba abajo, y con asombro del manco y de todos los presentes, comienza a retoñar el brazo, se le forma el codo; asoma una pulgada del antebrazo; sigue el crecimiento hasta que llega al nudo de la muñeca; aparece el tronco de la mano, le brotan los dedos, las uñas... ¡¡¡un portento!!!... ,



Scháfer Ast y sus lebreles

Era éste, pastor de ovejas, con tendencias a observar los astros, por la noche.

Cuando se le enfermaba un cordero del rebaño, observaba el cielo, cortaba, con las grandes tijeras de esquila, un poco del vellón del cogote del animalito y lo curaba...

Al cabo de años de esta práctica, se dijo acaso: los hombres también son ovejas bobas, y se dió a cortar con las mismas tijeras de esquila, los pelos del cogote de toda persona enferma, y observando los astros, recetaba y curaba de contado... y siguió curando con éxito asombroso, de acierto sin precedentes. Antes curaba todos los días y sanaba a millares a todas horas. El prestigio de su fama de taumaturgo, le ha dado días de cárcel, por embaucador, y muchos millones de marcos.

Hoy, para evitarse el disgusto de la prisión, no cobra honorarios; pero recibe lo que le den, los que se hacen examinar, por curiosidad, por capricho o por la fe viva que le tienen; pero recibe medio marco o más, nunca menos.

Puede un enfermo hacerse ver y recetar y no darle nada, que ni nada exige, ni se insinúa para que algo se le dé.

Por gratitud a su primitiva ocupación, causa de sus experimentos curativos, que tanto renombre y tantos millones le han dado, ha suprimido su nombre de pila y firma con orgullo sus recetas y se hace llamar, con gloria, *Scháfer Ast...* Pastor de ovejas.

XXXV

HAMBURGO

El Nueve de Octubre.—La Bandera del Ecuador.—El Ecuador en España, en Sud Africa, en la China.—Propaganda infantil.

Al rayar la aurora de este día, para los ecuatorianos grande y glorioso, vemos en la película del recuerdo, la imagen sonreída y gentil de la Perla del Pacífico, y en grandiosa sucesión, con todos sus detalles y prósperos perfiles, la ciudad querida, engalanada con los atavíos que ella solamente sabe lucirlos, en sus fiestas y efemérides de gloria.

La nostalgia de la luz esplendorosa y vívida del Ecuador, se nos recrudece más intensamente, en esta atmósfera caliginosa de Hamburgo; la nostalgia de los hervores de luz de Guayaquil, nos muerde el alma, en medio de estas nieblas europeas, que no sólo flotan en la altura, sino que se arrastran por las calles, borrándolo todo...

¡Alma la nuestra, nacida en la luz y en la eterna primavera, suspira por la luz y por las flores y los encantos de la patria, más hermosa, por sus bellezas naturales, que patria alguna!

Si en este Nueve de Octubre bendito y glorioso, nuestro corazón se encamina, vuela a Guayaquil y visita la ciudad esplendorosa, recorre calles embanderadas, anda plazas llenas de música patriótica, pasea parques ahitos de fragancias y de flores, vaga por el río poblado de botes que se disputan la anhelada meta, reza delante de las estatuas que cristalizan el heroísmo de los héroes, a una con los romeros del patriotismo; también quiere el pobre enfermo, hallar, en esta metrópoli imperial, un pedacito de patria y lo busca en la ribera del lago maravilloso, en Alstertor, y halla, no el pedacito, sino la patria íntegra, con sus esfuerzos y sus luchas, con sus reveses y sus glorias, con sus hombres, con sus riquezas, con sus alegrías y su música, en la bandera que flamea

solitaria y orgullosa, ostentando el iris de las más nobles epopeyas... Sí, señores, solitaria, porque no hay, en la ciudad, una bandera alemana que la acompañe; más, porque ni siquiera se halla, en este día, en el consulado, el cónsul del Ecuador, para recibir los cumplidos de los representantes de las naciones amigas, para vivir, por un instante, en un sólo corazón, la vida de la patria, entre los ecuatorianos residentes en Hamburgo.

¡Grandes son el dolor y la rabia de los desengaños!

En Guayaquil, por cada pujo de princesa alemana que está de parto, la bandera al tope, en los edificios públicos, la marcha de Alemania, en las calles; la música de los cuarteles, donde el cónsul alemán; por cada estornudo del Kaiser, día de fiesta, con el himno nacional, con besamanos oficial, con banquetes y otras miserias... aquí, en el Nueve de Octubre, ni hostia...

Basta decirles que hasta el paquidermo del cónsul, carga con sus bártulos, se acomoda los espejuelos y se larga a París, talvez a pasar este hermoso día, con el amigo Valdez que, sin duda alguna, ha de franquear sus salones, a los ecuatorianos y a los que no lo son, para celebrar, como previenen los dictados del patriotismo, el 9 de Octubre de 1820.

Nos hallamos algunos ecuatorianos, en el consulado, puesto el oído en el azul, y en el gualda y en el rojo de nuestro noble tricolor, para escuchar los latidos del alma de la patria, para pedir al Destino, que la paz, la dulce paz impere en nuestro Ecuador querido.

¿Hay paz allá?

Hacemos esta pregunta, porque se vive aquí, como en las sombras del seno de Abraham: no se sabe nada de fuente oficial, ni de ninguna fuente.

¿Ha reasumido el mando el señor general Barbón de Léri-da?, preguntan los comerciantes, en el consulado, para impulsar el comercio o estancarlo, según las perspectivas del horizonte político...

El cónsul no sabe ni una sílaba, de fuente oficial sobre esta materia; está lelo, sin poder dar la respuesta.

¿Por qué demonios no comunica siquiera esto el canciller ecuatoriano?

El sabe la perogrullada de que la buena armonía de los asociados, con un gobierno serio a la cabeza, multiplica las relaciones comerciales y aumenta la riqueza pública...

Cuando rimbomba el cañón revolucionario, allá en la patria pensada y distante, repercute aquí el eco, sin tardanza y cunde el pánico en el comercio y el mercado, y el descrédito eleva al tope la bandera, y como jamás se comunica a tiempo, que la paz impera, que el gobierno está constituido, sobre bases perfectamente sólidas, que los ecuatorianos están ocupados de lleno, de su bienestar y de sus labores comerciales; se cree acá que fermenta plenamente la discordia y el laberinto de la matanza revolucionaria y que la alteración del orden público, se desarrolla y florece en el seno de la patria... pero se cree por un pequeño número de comerciantes de esta ciudad, que han negociado con los comerciantes del Ecuador; por los demás nada se cree, sencillamente porque no saben que exista en el orbe terráqueo, una nación, que se llame Ecuador.

Da pena de tanta ignorancia geográfica; los más de los que saben que existe el Ecuador; no saben en dónde está situado.

¿En qué parte de España está el Ecuador?, está en Sud-Africa el Ecuador?, ¿Verdad que se halla el Ecuador en la China?...

Estas y ótras son las preguntas respecto de la posición geográfica del Ecuador.

Es que no hay aquí cónsul que se preocupe de dar alguna vez, una conferencia sobre el Ecuador, qué decimos de dar una conferencia, siquiera de hacer propaganda de que existe sobre el haz de la tierra, una república que se llama Ecuador.

En los cafés más renombrados de Hamburgo, hay banderolas de la Argentina, de Chile, del Brasil, del Perú, de Bolivia, de todas o casi de todas las naciones de Sudamérica, menos del Ecuador.

Esas banderitas dicen al flamear, en sus colores: Argentina, Chile, Brasil, Perú, Bolivia... Venezuela; pero da pena y rabia que no haya ni una banderita, en ninguna parte, que diga: Ecuador.

Aquí no se hace propaganda, ni siquiera del nombre de la patria.

Sí: no hay ni una banderola que diga, en los cafés: Ecuador.

Tenemos ira de este descuido, y soliviantados por ella, corremos a la casa Titz, y contratamos la hechura de banderolas del Ecuador: amarillo, azul y rojo, les decimos, siendo la faja amarilla, de ancho doble de la azul y de la roja, que son iguales... ya las tenemos: palpita raudamente el corazón, delante del símbolo de las glorias de la patria, ante el alma del pueblo...

Clavamos el asta de nuestra bandera sobre el lomo del automóvil, y nos disparamos por estas calles: estamos en *AlsterPavillon* y dejamos en la parte más visible, nuestra bandera, con permiso del Ober (señor superior) estamos en *Jardin des Fleurs* y hacemos lo propio; estamos en *Biebrkaje*, en *Danmtorkafe*, en *Bellvedere*, en *RatauusKafe*, en... *Cyty-Kafe*... y, sonreídos y orgullosos, vemos tremolar nuestra bandera donosamente, entre las de muchos otros pueblos soberanos... ¡propaganda infantil!!...

Casi somos *chauvinistas* aquí: tal es el intenso amor que sentimos por nuestro verde y florido pedacito de mundo, sonrisa de la Naturaleza, cuando soñaba con un recodo del Edén.

XXXVI

HAMBURGO

Navidad.—El Dom.—Circo de pulgas.—La noche de Año Nuevo.

¡Diciembre!!... cae abundante nieve, sobre la aterida ciudad, en copos leves, y la envuelve en un sudario de blancuras de tonos de neblina escarmenada: las cumbres de las casas, las cumbres de los árboles dolientes y negruzcos, las cumbres de las torres, todas las cumbres están albas; las plazas parecen sabanas deslumbradoras, y las calles, cintas de alabastro: nos sentimos témpano de hielo, con cavernas frías, en uno de cuyos oscuros rincones, vemos que se despereza el oso negro de la ausencia, que se alza en cuatro, y moviendo lentamente la cabeza, a úno y otro lado, que adelanta en nuestra alma, pesadamente, monótonamente...

¿A dónde va el oso negro de la ausencia?

¡Al dolor del recuerdo!...

¡Nuestro Diciembre no es así... ¡nuestro Diciembre tiene claridades vívidas; tiene un sol esplendoroso que, coronado de rosas de escarlata, avanza por en medio de una lámina de azul, de la aurora a la noche, derramando a torrentes sobre valles, quiebras, cumbres y montañas, la gloria de la luz!...

Recordamos de la patria; padecemos el dolor del recuerdo: la nostalgia nos hace suspirar...

Pero lo que en Guayaquil, es incomprensible en este mes; lo comprendemos aquí, por los hechos...

“La virgen lavaba,
La nieve caía,
Y el niño lloraba
Del frío que hacía...”

¡Cómo comprender en Guayaquil, puerto donoso y rico de nuestro soñado Ecuador, horno encendido en Diciembre y en

Enero y en Febrero y...! ¡cómo comprender esto de "La nieve caía, y el niño lloraba, del frío que hacía?"

Aquí ¡sí!... hay tanto hielo, hay tantos niños de carnes rojas y agrietadas por el frío!...

¿Y esto?

¡Cómo, en medio de estas pampas de hielo, arbolitos de pino por centenares?

¿Hemos de creer aquí, en milagros?

Nada había ayer en estas plazas, nada, en estas avenidas, nada en estos sitios... ¡han brotado anoche por obra de magia, arbolitos, en completo desarrollo, en todas partes?...

Nos sorprende la hermosa costumbre de esta ciudad, de plantar en donde se pueda, arbolitos de verdura cenicienta, para venderlos, para el árbol de Noel!...

¿Qué casa no tiene el árbol de Navidad?

¿Qué tugurio, qué infeliz tugurio, no tiene el árbol de Noel?

¡Figúrense que lo hemos encontrado en casa de judíos!!...

Nuestra pulcra habitación, lo tiene también: la *Fräulein* nos lo ha traído...

Desandamos el camino... somos niños en este momento, y en torno de este arbolito y a su sombra, bailamos convertidos en pastorcito, cantándonos el ave blanca del ensueño, en nuestro corazón:

"Pastores, pastores,
Vamos a Belén,
A ver al Niñito
Que ha nacido bien..."

¡Días idos, cuán dulces, cuán hermosos, cuán gallardos os mostráis!!...

Es el aspecto de la ciudad, qué pintoresco en estos días. ¡Estas costumbres desconocidas, no soñadas por nosotros, ¡qué llenas de encanto las hallamos!!...

¿Y esos ríos de gente, a dónde van, en romería?

Sigámosles, rodemos calles sonoramente, como ellos: un automóvil... *chauffeur*, ¿a dónde va en alborotado tropel, Hamburgo?

padas por la angustia; allí, la Casa del Laberinto... quien entra en ella, no acierta a salir: abre puertas, penetra, anda corredores, busca la entrada primitiva, no da con ella... allá, el Palacio de las Sorpresas, en el que las escaleras bailan, los pisos se escapan, las puertas vomitan humanidad, los planos se levantan, las paredes se inclinan y nada sucede que no sean frecuentes sorpresas de fuertes emociones... y ¿esa torre?

Como estamos de curiosos, trepamos a la punta... de repente falta asidero a nuestros pies, la multitud está en esta especie de tolva que nos traga, de uno en uno, a todos: caemos en esta boca que nos engulle, recorremos, de espaldas, todo el trecho raudamente, sin ninguna posibilidad de contenernos; ya estamos en este salón en donde somos arrojados después de rodar toda la altura, por este hueco encerado en forma de caracol...

Oímos el mugido de un toro rabioso: se aglomera la gente en el lugar en donde se adivina que se halla atormentado, estamos ya en él: es sólo el remedo artificial de tal mugido, para aglomerar curiosos; se anuncia la aparición de una boa descomunal: tres hombres fornidos, con musculatura de atletas, la levantan pensamente en vilo: es la boa más grande del mundo...

¿Y eso?

Vemos el aviso: Liliputéalher.

Ese rubio está a la puerta de ese teatro, tiene el brazo extendido y en la palma de la mano, en pie una muñeca; nos acercamos; ¡oh sorpresa!, es una mujercita hecha y derecha, una linda liliputiense, en la palma de la mano del empresario que solivianta la curiosidad de ver lo que hay adentro.

Entramos: adentro, una delicia: una falange de liliputieneses, da funciones de zarzuela, asistimos a una: el grupo es encantador, por el arte magistral en el desempeño de sus respectivos papeles; terminada la representación salimos y seguimos la peregrinación de curiosidad: aquí leemos "Mujer de Oro", en este frontis lleno de luz; entramos... nos sonreímos y damos media vuelta, al ver en dibujos tatuados caprichosamente en la parte prepóstera de esta graciosa mujer, con cabecita de ibis, un aviso de salchichas de Francfort y esta súplica romántica: *Vergist mich nicht*: no me olvides... Tomamos el automóvil, cansados de tanto gozar en circos ecuestres, en circos de fieras, en dulce-



Artistas liliputienses

rías, en confiterías, polígonos de tiro al blanco, en cuanto la más viva imaginación oriental pudo crear de carrousel arriba, de torres de Babilonia abajo, de diabluras y sorpresas; caminamos y al dar vuelta un recodo que no hemos visitado, vemos en grandes letras *Floh-Zirkus*. ¡Cómo! ¿Circo de pulgas?

Para, chauffeur...

Pagamos tres marcos y tomamos asiento en la silla más cercana al redondel... este hombraco de frente achatada, de rostro de tonto, da la señal y comienza la función; saca un algodón y de él, varias pulgas de tamaño ordinario, las pone en el redondel, golpea con la punta de la uña, en él; las pulgas avanzan a saltos cortitos; vuelve a golpear, se detienen y retroceden a saltos: han saludado al público alborozado...

Coloca horizontalmente, el director del circo, una hebra de pelo, casi imperceptible, sobre diminutos caballetes, la pone, tensa, coge una varilla y con ésta insinúa a una de las pulgas, subir a bailar en el alambre; la pulga sube, descansa en el primer caballe-

te, sostiene una hebra de alambre en la trompa y pasa de un lado a otro, a saltos acompasados, mientras las otras saltan debajo, haciendo de payasos... hay una salva de aplausos... se les coloca una casita con su torrecilla; unce el domador dos pulgas con un hilito tenue, del que está atado un carrito; da la señal convenida; hay pulgas que se meten en la casita, se asoman en una ventana, desaparecen, se asoman en la torre, moviendo el hilo del badajo de una campana, tocando a somatén, mientras la otra da saltos, para llegar a las uncidas, que arrastran la bomba y se dirigen a sofocar el incendio... hay aplausos prolongados, ¿a las pulgas inteligentes? ¿al paciente amaestrador?

¡A todos!!

Hacen muchas otras travesuras; el director ordena dar saltos mortales, los dan con gran donaire y agilidad... el dueño milagroso extiende el brazo desnudo, las pulgas se clavan en las blancas y rosadas carnes, y chupan la sangre en premio de sus habilidades... Sólo la paciencia inadjetivable alemana, tiene la rara virtud de educar pulgas, figúrense ustedes; ¡pulgas!!...

La ciudad está alegre; hay mucha animación en calles, plazas, cafés, *restaurantes* y en todos los hogares: se espera con ansia la media noche; llega: un inmenso *Proset Neujahr*, resuena como expresión de júbilo, en todos los labios; se tiran a la calle las mujeres como enloquecidas de contento y besan, sin misericordia, a todo hombre que atrapan, gritando a todo gritar: *Proset Neujahr* (feliz año nuevo)...

Tenemos la boca hinchada y húmeda y pegajosa... tomamos un auto para libertarnos de la furia de los besos; subimos haciendo esfuerzos desesperados, para huír de estos ejércitos de mujeres que ansían besarnos... logran cogernos, mas nos ponemos de nuevo a salvo y raudamente nos perdemos en la sombra...

XXXVII

HAMBURGO

Murgas.—El baile en las esquinas.—Encuentro inesperado.—

Moléculas de patria.—Dos santos viejecitos.

En el diáfano cristal de nuestro espíritu, bullen las fugaces alegrías de la mañana, un sí es no es brumosa.

El sol difundió un suave tinte de luz, en nuestras carnes entenebrecidas por la estación, y dora lánguidamente la ciudad, con efluvios tenues de oro pálido, que se difuminan en la bruma...

Nos encaminamos a Alstertor 21, por ver de encontrarnos con un amable conterráneo, en el local del consulado del Ecuador... estamos en espera; son las diez de la mañana y no llega aún, no obstante haber pasado la hora de la cita.

Los ecuatorianos carecemos de la amable virtud de la exactitud, en las citas, nos decimos, y nos damos a esperar... ¡Herencia de España!...

Mientras dura la angustiosa espera, hay que matar el tiempo, de cualquier modo, para no aburrirnos y reventar...

Y vean ustedes en lo que nos entretenemos: en contar a los que pasan por delante nuestro, por la infantil curiosidad de saber el porcentaje de los anormales físicos...

Uno, dos, tres... estos no tienen pero; de la cabeza a los pies, todo es natural, todo bien proporcionado, menos los pies...

Contamos cien personas, y en las cien, hay algunas contrahechas, por lo que aquí se llama *el mal inglés*.

Este "mal inglés" terrible, atrofia las piernas, atrofia los brazos, secando de tal modo las carnes, hasta que la epidermis quede pegada al hueso; este *mal inglés* terrible, tuerce las coyunturas, tuerce los pies, tuerce los dedos atrofiados ya, del que tiene la desgracia de padecerlo.

No dejan de pasar también algunos jorobados, de tal suerte que entre éstos y entre enfermos del mal inglés, hay talvez un tres por mil, no es escaso.

Parte el corazón ver a las víctimas del mal inglés, yendo mundo adelante, penosamente, dolorosamente...

Las horas avanzan lánguidas... nos aburrimos de la dilatada espera; pero, como es sabido, junto a la enfermedad brota el remedio...

Al lado de nuestro ya irritado aburrimiento, brota el remedio que lo aplaca, que lo calma, que lo elimina...

En la esquina, a diez pasos de nosotros, asoman cuatro músicos: un clarinete, un bajo, un pistón y un bombo... es una murga que recorre la ciudad... toca algo incomprendible para nosotros: la música desgrana notas que no sabemos descifrar; son notas de ritmos pesados como *bloques* de cemento... les falta la espiritualidad alada de las de la música nativa... se agrupan en torno de la murga, muchachos resueltos a bailar, y se enlazan en parejas de sexos distintos y, por no haber niños en número suficiente, en parejas de mujeres, y bailan en media calle, bailan con entusiasmo enfurecido, con pisadas y ritmos y compases de guerreros vencedores...

Se aleja la murga, desaparece la chiquillería amorosa al baile, mientras para el tranvía en la estación *Alstertor*...

En vez del viejo amigo, salta del carro un ecuatoriano que no esperamos... nuestro corazón alza la frente coronada de alegres gallardías; nuestros brazos se levantan y se extienden automáticamente hacia el conterráneo, en actitud de apresarle dulce y cariñosamente; nuestro yo íntegro, se inclina vibrando misteriosamente, hacia él, lo atrae fatalmente y se une, se confunde, convive en un instante, la vida nacional...!!

Notamos que otro tanto pasa con él; notamos que está bajo el influjo de la misma atracción que nos domina.

El y nosotros somos dos moléculas de la patria distante y suspirada, que ruedan mundo, y que al verse en esta ciudad, se reconocen, se atraen, se unen, se confunden... conviven en una idea única, en la idea musical y gloriosa encerrada en este concepto luminoso: ¡patria!...

Bendigamos este encuentro inesperado, bendigamos la falta a la palabra de la cita, bendigamos la mortificante espera, por este minuto de amor de dos almas que se reconcilian sin hablar, que rezan devotamente la liturgia de una renovación de amistad, en este abrazo único, a la sombra del asta en que tremola el iris ecuatoriano!...

La profesión de poner en pelea a los clientes allá, en la riente Guayaquil; terminó por enemistarnos... ¡Ah, la abogacía qué socorrida es en disgustos y quiebras de amistad!!...

Nos alejamos saboreando el inesperado y placentero encuentro... ¿Otras maléculas de patria?

¡Cómo si las fueran!!

Esta pareja con quien nos abrazamos, tiene todo el prestigio singular de ser ecuatoriana, por cariño... Alberto S. Offner, a quien le llamamos afectuosamente Vicecónsul del Ecuador, por el cariño que tiene a cuánto es ecuatoriano, en esta tierra; Rosa de Offner, madre de la caridad de todos!!...

¿Ha llegado a Hamburgo un ecuatoriano?

Pues un viejecito alto, delgado, de rostro anable, de corazón dulce, tierno y afectuoso, es el primero que está a verlo, con la tarjeta de su esposa, Alberto S. Offner, por haber vivido luengos años en Guaya-



Alberto S. Offner

quil, con negocio de joyas, ha labrado su noble corazón y ha hecho una inestimable joya para los ecuatorianos y doña Rosa, ótra.

¿Está enfermo un ecuatoriano, en Hamburgo?

Alberto S. Offner y doña Rosa, dama llena de bienaventuranzas, son el hermano, el amigo, la madre, la providencia del enfermo...

Cuántas lágrimas ha recogido entre sus labios, esta pareja que ha besado a tántos afligidos!

¡Cuántos ajenos y últimos suspiros han confundido estos consortes abnegados, en sus propios sollozos!

¿Cuántos muertos han acompañado a la última vivienda, adoloridos, como deudos amorosos, ¡estos caritativos consortes!!, ¡estos dos santos viejecitos!

Nos inclinamos delante de estos nobles viejecitos, nos unimos a ellos, confundimos su yo con nuestro yo, en este abrazo vibrante y cordial, al amor del recuerdo del Ecuador, patria nuestra por nacimiento; patria de ellos, por cariño!!...

XXXVIII

HAMBURGO

El camino a Stellingen.—El panteón, lugar de tráfico público.—Karl Hagenbeck's Tierpark.—La fauna del mundo, en este parque.—Maravillas no vistas.—Un macrocosmo con sus gestos y su vida toda.

Quien llega a Hamburgo de cualquier parte del planeta, no puede sustraerse de la curiosidad de ver el renombrado Parque Zoológico, del viejo y milagroso domador de fieras, *Herr Karl Hagenbeck*.

Si nimiedades han sacudido tan fuertemente nuestra curiosidad, el Parque Zoológico de don Carlos Hagenbeck, le incita sobremanera, a visitarlo.

Nos disponemos a ver tan loada maravilla, y a vivir en ella, muchas horas de hoy.

¿Quién no ve maravillas y vive en ellas?

El parque está muy lejos; tomamos el automóvil y rompemos a andar hacia él. La máquina se bebe los vientos, roncando de furor de volar... ¡ya!

Ha corrido el auto, por entre tumbas viejamente cerradas y abiertas recientemente acaso; por entre cruces y coronas, por entre lápidas y flores... El panteón, respetable ciudad cosmopolita de misterios impenetrables y austeros, cerrada para los vivos en nuestro pedazo de mundo; no tiene aquí murallas para detener la planta que ambula, ni el coche que rueda, ni el auto que corre... los caminos en donde en nuestros cementerios, discurren únicamente las sombras silenciosas de los muertos, imponiendo fúnebre respeto, con el dedo descarnado en los labios; aquí dejan la tristeza de sus elegías, al bullicio del siglo que corre a curiosear, la dejan al regocijo, al negocio... al libre caminar.

¿Así es la civilización de aquí?

¡Puede que algún día comprendamos que es refinada civilización, profanar las calles de los muertos, en las ciudades de los muertos!...

¡Ya!... traspasamos la frontera de la ciudad libre de Hamburgo: estos mojones nos lo dicen: estamos en Prusia; aunque son estas calles, continuación de las lindas calles hamburguesas...!

Llegamos a *Stellingen*, aldehuela prusiana que da albergue al parque renombrado... ¡Qué linda alegoría de tan rara originalidad, la de esta entrada!

Dos cabezas de elefantes, cada una con la boca abierta y la trompa levantada, de la que cuelgan fanales luminosos, es-



Entrada principal del parque

tán sembradas la una frente a la otra, en estos macizos multiformes.

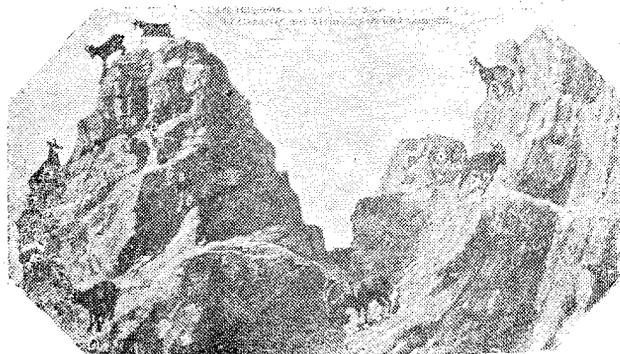
Ese león de abundante melena, garrardea por el porte magistoso, en el fastigio de ese opulento capital. En el del frente, ese oso negro, acaso inquiere al abismo, por la ruta andada por él, en los polos... Estatuas, relieves altos y bajos, figuras caprichosas cantan devotamente la belleza de esta *Haupteingang*... Ya estamos adentro, pagando ¡claro! pagando unos cuantos *Pfen-nig*... centavos más, centavos menos ¿qué más da?, si hemos de

recorrer el mundo contemplando bosques magestuosos, hilos de agua que se tornan torrentes, bestias y reptiles y alimañas y aves de todo linaje, en sus guaridas y cavernas... todo el reino animal, en sus climas y parajes?...

Esto no es lo que vimos en Nueva York, ¡qué va a ser!!

¡Esta abrupta cordillera con rocas escarpadas, aquí en los lindes de Hamburgo, en donde a fuerza de padecer pampa y más pampa, casi hemos perdido la noción de las montañas!...

En lo más empinado de las crestas, saltan y brincan esas manadas de cabritas y gacelas, en amena charla entre ellas, riéndose de las galanterías de esos chivos viejos, de cuernos retorcidos e imponentes, que las enamoran, oliendo el espacio e impo-



Paisaje de rocas con cabros y gacelas

niendo respetos al abismo, con sus peras imperiales, besadas con veneración por los vientos de la altura...

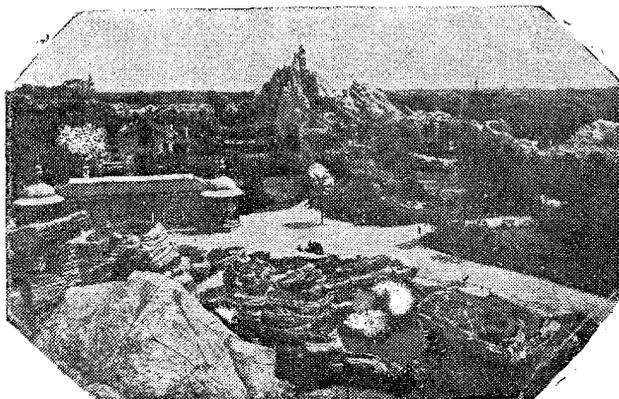
Las gacelas de la Siria, las gacelas de la Mesopotamia, las gacelas de Africa, hablan festivamente de estas quiebras y estos montes, teniéndolos por los nativos, en sus rústicas viviendas de aquí, con libertad de saltar precipicios, de ser dueñas de riscos y collados...

Gacelas vivarachas, ¡cómo nos despertáis el recuerdo del fulgor de los ojos de las mujeres guayaquileñas, por lo negro, por lo ardiente, por lo grande y rasgado de los vuestros!

¿Y este bosque inextricable y milenario?

¡Qué!, ¿es hecho adrede para albergar en su seno oloroso, tigres y panteras, serpientes y más reptiles, sabandijas y leones... toda la fauna que gusta de madrigueras en la selva, de plena libertad en el silencio de los espesos bosques?...

¡Qué lindo!; las agrias cresterías de estas prominencias, se cambian en alcores pintorescos y en otros sonreídos; los otros se suavizan y se convierten en declives; los alcores se enorgu-



Cresterías, alcores y declives

llecen y se hacen cerros; los declives se transforman en llanuras agrestes, y los cerros, en lagunas de rizadas ondas... y en arduos arenales de la Libia.

Allá, en esa prominencia, se dibuja la silueta del carnero montés, del enorme carnero de California, de enroscados cuernos, con cuyas agudas puntas, amenaza al azul; se divizan grupos de venados nerviosos y de cabritos alegres y saltones, en gimnasia y equilibrios, en las peñas.

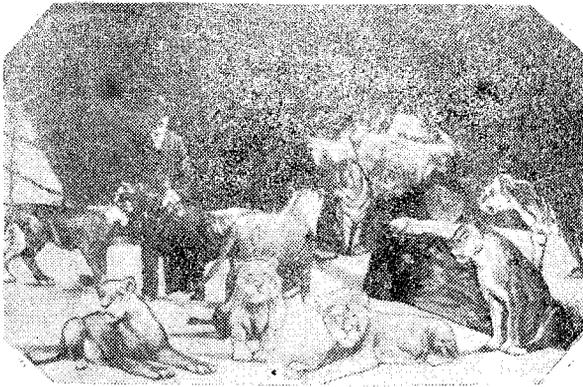
¿Y eso de más allá?

El arqueado plumón de la nevada cola, las ancas y las crines nos dicen que esos monstruos son caballos; la cabeza, con quijadas adornadas de patillas de marino; los cuernos que ade-

lentan unas pulgadas y se tuercen y se alzan con las insolencias de las guías del bigote del Kaiser; anuncian la presencia de toros salvajes, mientras las patas de las bestias, juran que son ciervos descomunales...

Corren con vertiginosa velocidad, en larga línea y dan en la carrera y en el fondo del paisaje, la idea de que es *una recua de demonios, huyendo escapados del infierno*, ésta de hocéfalos traídos del Africa, por el bueno de don Carlos.

Corren sobre esta ladera levantando cortinas de polvo, esos búfalos yanquis, de lomos de promontorio, de caudas de largos pelos que van de la cabeza al medio cuerpo; en el recuesto del montículo ostentan la orgullosa gravedad de sus enormes jibas, los camellos que no añoran, en estos arenales, los del Sara, mientras unos cuantos alces, productores de piedritas de sutiles rayas de



Don Carlos entre sus fieras

oro, adornados de membranas gigantescas y endurecidas, erizadas de puntas multiformes, pasean su arrogante figura de ciervo y sus siete cuartas de alto, sin envidiar la vida venturosa que vivieron en Roma sus abuelos, acariciados por Gordiano, ni sentir la fatiga de ellos, al servicio de Filipo, en sus ejércitos...

¡Qué sangre fría de hombre! Don Carlos en medio de tigres, panteras y leones, en completa libertad, sin látigo ni tridente para la defensa, acariciado por sus fieras!

En este lado, monos de Asia, monos de Africa, monos de la República del Ecuador, monos de todos los lugares que producen monos...

¿En cuál de éstos, encontró Darwin la simiente que de transformación en transformación, se hizo hombre?

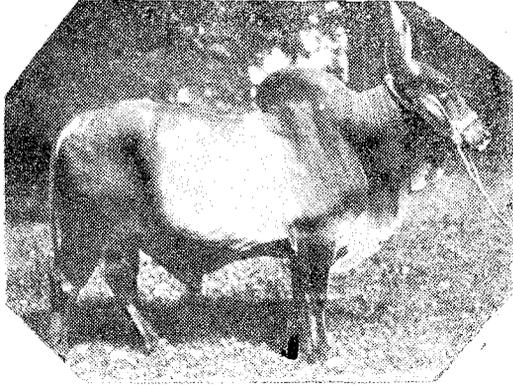
Al verlos tan resignados, tan sociales y devotos, tan sin pretensiones ni remordimientos, nos vienen los versos de Núñez de Arce, a la punta de la lengua:

“No buscó los laureles del poeta,
Ni en su ambición inquieta,
Alzó sobre cadáveres un trono;
No le acosó remordimiento alguno,
Ni fué rey, ni tribuno,
Ni siquiera elector... ¡Dichoso mono!...”

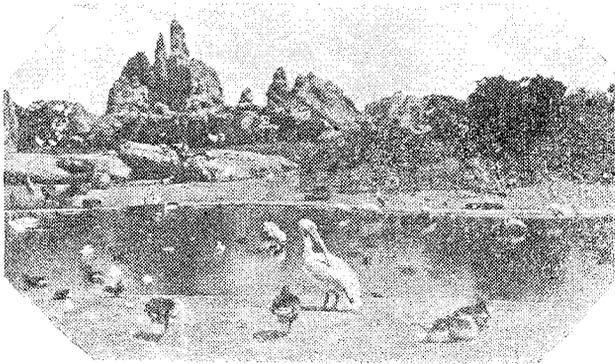
¡Ajá!

La Algalia está aquí, con sus gatos; el Asia, con sus cabellinas; la Cafrería, con sus hienas; el Africa, con sus leopardos y puercos espines; la Australia, con sus canguros y merianes; Bengala con sus tigres; los Polos, con sus hielos, con sus esquimales y sus chozas y sus osos... todo el mundo con sus más raros ejemplares...

¡Jesús!, huyamos de este paraje, que andan sueltos los jaguares, en contubernio con los chacales, a paso de buscar cadáveres en la brumosa playa, o en las entrañas de la tierra, para devorarlos insaciables; que pasean las panteras de bracero con los tigres, hablando de política de exterminio, alumbrados por los ojos encendidos del leopardo, contrastando con el corpulento, graso, jibado y mansísimo cebú del Africa; que se están los leones de melenas imponentes, discutiendo en el cadáver de un árbol corpulento, sobre la supremacía de su vasto poderío, como los caudillos de nuestra tierra, en el vivac, a raíz de las batallas... los osos únos en dos, ótros sentados, ótros en cuatro, sobre esas protuberancias polares, riéndose de los gitanos... las hienas de caminar tortuoso, en negocios de banca, por ver qué sangre chupar... ¡todos los animales más feroces, en completa libertad!!

**Cebú**

En estas Europa, Asia, Africa, América y Oceanía, en miniatura, ha reunido el sabio Carlos Hagenbeck, los animales de cada categoría zoológica y las aves de todos los órdenes y los ha puesto en su luz, atmósfera y temperatura propias, dándoles los árboles, los arroyos, los estanques, las cordilleras y las viviendas típicas de la tierra nativa, y lo que es más admirable todavía, ¡su salvaje libertad!

**Viviendas de aves y animales, en libertad**